

Y
0308
1897

blicas de Bogota

re 1897 - Ent. 10.

ARTICULOS JOCOSERIOS
DE
CONTROVERSIA CATOLICA
POR
ADOLFO CLAVARANA
Y
POESIAS RELIGIOSAS
de Marcial.

(L. J. ESPAÑA, S. J.)



BOGOTÁ
TIPOGRAFIA SALESIANA
1897.

OBRAS DE VENTA

EN ESTA TIPOGRAFÍA



- Don Bosco** — Amenos y preciosos documentos sobre su santa vida y admirables obras, compilados por un COOPERADOR salesiano. — Empastado todo en percalina y título dorado
Precio..... \$ 1 60
Id. á la rústica..... 1 00
- Fórmula** que han de recitar las familias cristianas para consagrarse á la Sagrada Familia. Por 100 ejemplares..... 2 00
- Novena á María Auxiliadora**, por Don Juan Bosco. — En rústica..... 0 35
- Novena de Nuestra Señora del Carmen** corregida y aumentada..... 0 15
Id. por docenas..... 1 50
- Novena de la gloriosa virgen y mártir Santa Bárbara**..... 0 10
Id. por docenas..... 1 00
- Vida de Miguel Magone**, por Don Juan Bosco, Pbro..... 0 30
- Vida de Margarita Bosco**, por el Pbro. Don Juan B. Lemoyne. — Obrita en que con gran amenidad se refieren los admirables trabajos y virtudes de aquella aldeana que, con un co-

ARTICULOS JOCOSERIOS

DE

CONTROVERSIA CATOLICA

POR

ADOLFO CLAVARANA



BOGOTÁ.

TIPOGRAFÍA SALESIANA
1897.

Y
0308
1897

compra lib. El Canero. Feb/05

UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca Sede Patrimonial

I.

EL LEÓN ENJAULADO.

Cuando Dios creó el mundo, comprendiendo que hasta entre las bestias de los campos era conveniente establecer cierto orden y buena armonía, llamó al león y entregándole el cetro de todas las alimañas, dirigió á éstas la siguiente alocución:

—Bestias del universo: Sabed que soy vuestro Dios y Señor, que os saqué de la nada por efecto de mi infinita bondad y de mi poder absoluto,

y que por tanto me debéis sumisión y acatamiento.

—Muy bien, muy bien, —contestaron todas.

—Poco á poco, que no he concluído. Habéis de saber además que conociéndoos como os conozco, y sabiendo que sois muy capaces en cuanto vuelva la espalda de armar un cisco y comer os unas á otras dejando sólo los rabos, por el maldito vicio de querer mandar todas y no obedecer á ninguna, he dispuesto establecer entre vosotros al león del desierto con el carácter de autoridad suprema, para que en mi nombre os gobierne y dirija.

—Perfectamente, Señor, —respondieron los avechuchos; —nada más justo que obedecer á vuestra Divina Majestad en esta como en todas las cosas; pues si así no fuera, dado el geniecillo y las uñas que nos van saliendo, no sería extraño que cometiésemos alguna barbaridad. Quedamos, pues, en que desde hoy el león será nuestro rey, no porque sea león y tenga más ó menos garras, pues

garras todos tenemos; sino porque lo mandáis Vos, que estáis en el derecho de mandarlo.

Y así fué en efecto: desde aquel día el toro con su arrogancia, el oso con su corpulencia, el tigre con su fiereza, el águila con su rapacidad y hasta la mona con su pedantería, bajaron la cabeza ante la nueva autoridad de *derecho divino*, dando así ocasión á que la república de los animales fuese una república modelo.

Pero amigo, no hay bien ni mal que cien años duren. Apenas habrían trascurrido noventa y nueve con diez meses y algunos días, cuando cierto reptil de escama, que desde el primer momento se había enemistado con Dios por cierta repulsa sufrida en el Paraíso cuando trató de revolucionar á los hombres, quiso armar otro pronunciamiento entre los animales.

— Ciudadanos, — dijo enroscándose á un árbol, y llamándolos á todos á silbidos. — Parece imposible que habiendo entre vosotros gente tan astuta y valerosa, esté pasando hace

tanto tiempo por la humillación de rendir pleito homenaje á un animal que, con toda su melena, vale menos que cualquiera de vosotros. Por qué incurrir en tal bajeza? Pase que á majestad tan fantástica le rindan tributo los corderillos; pero vosotros poderosos tigres, forzudos osos, majestuosas águilas reales, que domináis con vuestro vuelo el imperio de los aires, ¿qué necesidad tenéis de inclinaros ante ninguna alimaña de la tierra?

—En efecto,—dijo el toro;—la verdad es que yo con mi par de cuernos puedo ir ya solo á cualquier parte; ¿qué necesidad tengo de bajar la cabeza ante el león?

—Ni yo,—dijo el oso,—que de una sarpada derribo una torre.

—Ni yo,—dijo el tigre,—que tengo tanta fuerza como el primero.

—Ni yo,—saltó el elefante,—que tengo tanta trompa como el segundo.

—Ni yo, ni yo, ni yo; saltaron todas las demás bestias entusiasmándose cada vez más.

— En resumen, señores, — dijo la mona, tosiendo y sacando el pañuelo para pronunciar el correspondiente discursito á que era muy aficionada; — según nos ha demostrado nuestra distinguida y particular amiga la culebra, animal largo de paso, por más que no hayamos tenido el gusto de verle los pies, todos, absolutamente todos debemos ser independientes; porque tanto la autoridad de los unos como la libertad de los otros habrá de ganar muchísimo con declarar cesante la fantástica majestad del mal llamado rey de los animales.

— Señores, — dijo el cordero, — no estoy conforme; sé perfectamente lo que son estas cosas, y si esta autoridad es desobedecida, todos tendremos que sentir.

— ¡Ah cobarde! — exclamó la asamblea, — cómo se conoce que tienes carne que guardar.

— También la tenéis vosotros.

— Para eso están nuestras armas.

— ¡Armas sin autoridad legítima? veremos lo que valen.

— ¡Ja, ja, ja! ¿qué es eso de autoidad legítima?

— Lo dirá por el derecho divino,
— contestó la mona.

— ¡Ja, ja, ja!

La risa fué general, y la sesión terminó en medio del mayor escándalo. Inmediatamente el león fué enjaulado, y al grito de ¡Viva la libertad! se le pusieron un par de grillos para que no pudiera tender la garra.

Acto continuo cada uno de los animales, campando por su respeto, se dirigió á una parte del mundo con el plausible y filantrópico objeto de hacerse dueño de ella sin pararse en pelillos ni miramientos. El oso fundó un imperio en Rusia; el tigre se anexionó á Inglaterra; las águilas fundaron imperios en Alemania y Francia; y la mona emperejilada con una blusa garibaldina y un gorro frigio, comenzó á danzar por Italia tocando el organillo y cantando la marsellesa. Todos estaban contentos, y el que menos, creía haber ya descubierto la piedra filosofal.

En efecto, la piedra filosofal estaba descubierta; porque no puede haber nada más filosófico que gritar viva la Pepa y declararse uno independiente para hacer su santísima voluntad, mandando en los demás y no dejándose mandar de nadie; pero amigo, lo que piensa el moro piensa el cristiano; y en esta ocasión, como en todas, los cristianos pensaron mejor que los moros. Así que las sabandijas del universo supieron que la autoridad leonina, al grito de independencia, había sido destronada, saliendo á bandadas de sus agujeros se juntaron en concilio para discutir qué les correspondía hacer en semejante situación.

La pulga tomó la palabra.

— Señores: la suprema autoridad del león, considerada hasta ahora de *derecho divino*, ha sido destituida y privada de todos sus privilegios; es decir, ya no hay rey. Siendo esto así me cabe la altísima honra de preguntaros: ¿Qué debemos hacer? ¿á quién obedecemos?

A nadie. — gritó la asamblea. —

¿No hay rey? pues tampoco Roque:
ni Rey ni Roque.

—Pero, señores, habrá que obedecer á alguno.

—Pues que se me obedezca á mí.

—A mí, á mí, á mí.

—Fuera, aquí nadie manda, todos somos iguales:

—Mandaré la mayoría...

—La mayoría es nuestra, — gritaron las chinches.

—Es nuestra, — gritaron las pulgas.

—No hay ya mayorías que valgan, — añadieron los mosquitos: — donde acaba el derecho divino empieza el derecho individual, ó lo que es lo mismo, la conveniencia de cada uno; y siendo así ¿quién nos priva á nosotros de la que tenemos de chuparle la sangre á todo bicho viviente? Nada, señores, dejémonos ya de historias y á chupar. Acabó la *fuerza del derecho*? pues ¡viva el derecho de la fuerza! y quien más pueda que se la gane. ¡Viva la anarquía y el colectivismo!

—¡Viva! — contestaron millones de voces.

— ¡Fundemos la internacional de los chupadores!

— ¡Fundémosla!

Y acto continuo se fundó la asociación más grande y aterradora que han conocido los siglos; su objeto era muy sencillo: verificar la transfusión de la sangre haciéndola pasar desde los animales gordos hasta los animales flacos: y cuando los animales flacos se pusieran gordos, volver á empezar otra vez; y seguir así constantemente hasta que todos quedasen iguales: es decir, todos gordos, ó mejor dicho, todos flacos. El pensamiento era sublime.

Inmediatamente comenzó la sociedad á funcionar.

El oso autócrata de Rusia fué el primero que sintió las picaduras. Las pulgas nihilistas tomaron por delante su autoocracia y empezaron á comérsela por un pié.— ¡Qué es esto? decía; soy vuestro rey.— ¡No hay rey que valga!

En seguida se oyeron los lamentos en Inglaterra; era el tigre de la robusta Albión que con toda su robustez

no se podía lamer de miseria; los piojos de Irlanda habían dado con él y lo tenían frito.

Después se percibieron sucesivamente gritos lastimeros en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, España y otras naciones donde los mosquitos comunistas, las triquinas socialistas y todos los demás bichos libre-pensadores y libre-chupadores del universo, habían alzado bandera de rebelión para tragarse vivos á los animales de mayor cuantía. El toro español no tenía harta cola para espantarse los tábanos; las águilas francesas y alemanas pasaban el día entero rascándose las pulgas; hasta la pobre mona de Italia, perseguida por una nube de moscardas, había tirado el organillo y la garibaldina, y corría hecha un demonio con el gorro ladeado castañeteando los dientes.

— Señores, — exclamaron por fin algunos animales sesudos reunidos en congreso; — esto no puede continuar así; el mundo se hunde si esto no se arregla.

— Pero ¿cómo va á arreglarse?

— Restituyendo la autoridad al león; no hay otro remedio; pero lo haremos con cierta maña; esto es: sin arbrirle la jaula.

Entonces se vió el espectáculo más anómalo y chocante que han presenciado los siglos; el de un pobre león enjaulado y prisionero recibiendo el homenaje de los animales que lo habían encarcelado. El uno le llevaba viandas, el otro le llevaba joyas, éste le regalaba coronas, aquél le ofrecía cetros; todos le agasajaban, le obsequiaban, le sonreían, pero ninguno le abría la prisión.

¡Desdichados! -- exclamó al fin el león dando un rugido; -- en vano me colmáis de honores y riquezas; queréis la justicia á medias y eso es una ilusión; nada conseguiréis mientras no me devolváis mi libertad.

— ¡Vuestra libertad!

— Sí, porque mi libertad es la garantía de la vuestra, como mi derecho la fuente de vuestro derecho, y mi autoridad el fundamento de vuestra autoridad. Todo viene de Dios; este es el gran principio que debíais

ante todo reconocer; y si vosotros no lo reconocéis ¿cómo queréis que lo reconozcan los demás?

Cuentan las crónicas que cuando el león cesó de rugir, el eco de su voz corrió el mundo entero y despertó á muchos animales aletargados. Desde entonces, abiertos los ojos, pensaron abrirle la jaula; porque al fin comprendieron todos que si la jaula no se abría, grandes y chicos quedarían iguales; esto es, como el gallo de Morón, ó lo que es lo mismo como los perros del tío Alegría. ¿Has entendido el cuento?

— Perfectamente mi amo: quiere decir que el León de Judá, representante en la tierra de la Majestad Divina, se halla prisionero porque la revolución triunfante ha atropellado sus derechos creyendo así llegar á la libertad. Insigne estupidez: no ha comprendido que la libertad sin Dios es imposible; porque la libertad es hija de la paz, la paz hija de la justicia, y la justicia hija de Dios.

— Magnífico, Blas; ya tienes encendido el farol. Ahora sólo falta

que lo pongas sobre el celemín, y
que enseñes á todo el mundo estas
verdades tomando tu guitarra y can-
tando esta coplilla:

Si Dios no es Rey de Reyes

¿Con qué derecho

Podrán mandar los Reyes

Sobre los pueblos?

No hay más tu tía,

O impera el León de Roma

O la anarquía.



Abierta al mundo
Biblioteca del Patrimonio

LOS DOS TIPOS.

I

TIPO LAICO.

Soy de soberbio bípedo bímalo
Magnífico ejemplar.
Pocos habrá cual yo; soy soberano,
Me quiero contemplar.
Todo lo sé, del mundo los arcanos
No lo son para mí,
Y de los misterios soberanos
Al vulgo baladí.
Por series infinitas, de mi abuelo
La raza mejoré;
Saltó él, mientras yo corro; y luego el vuelo
A mis nietos daré.
Sé todos los secretos de la vida.
Vivir! y, que es vivir?
Nada. — Tener la lámpara encendida
Sin dejarla extinguir.
El espíritu, el alma, bah! qué absurdos!
A ver quién los palpó?
Inculquen tales creencias á palurdos,
No á sabios como yo.

Sé que el rubor que enciende las facciones
Es un jugo arterial;
Y las lágrimas son las secreciones
Del fluido lacrimal;
Que la virtud que en necios predomina
Y el vicio, sólo son
Compuestos de fibrina y albumina
En sabia proporción.
Que el genio no es de Dios sagrado emblema
No lo es, pardiez, no tal.
El genio es un producto del sistema
Cerebro esfenoidal.
Y sus creaciones de sin par belleza
Están sólo en razón
Del fósforo que hierve en la cabeza,
No de alta inspiración.
Amor, dulce amistad... son invenciones.
¿Que cosa es corazón?
De arterias, jugos, bazos y tendones
Prosaica colección.
Gozar es mantener electrizada
La médula espinal;
Y en sí gozar es nada ó casi nada
Un óxido, una sal.
Sentir es removerse el epigastro
Por un fluido sutil
Por eso yo á sentir nunca me arrastro,
No es eso varonil.
Gozar y más gozar, esa es la vida
Gozar hasta morir.
Y morir qué será? Soltar la brida,

Tumbarse y dormir.
Dos cosas aprendí en la escuela laica:
Saber vivir sin Dios,
Y el aplicar la fórmula algebraica.

II.

TIPO CRISTIANO.

Yo nada soy por mí, cuanto en lo humano
Poseo, recibí.
Todo soy de mi Dios ! sólo un insano
Puede atribuirlo á sí.
Yo nada sé. Misterio y más misterio
Es toda la creación.
Muy grande es Dios. Sujetos á su imperio
Démosle adoración.
La humana ciencia es algo cuando enseña
La ciencia del vivir.
Sabio y feliz el hombre que se empeña
En saber bien morir.
¿Quién es Dios? Mi principio soberano,
Todo mi amor, mi fin.
¿Quién soy yo? despreciable y vil gusano
Y pecador ruín.
Si Dios me crió, me crió para su gloria;
Su gloria buscaré.
De mi Dios á los siglos la memoria
Celoso legaré.
¿Necesaria es la ciencia? Seré sabio;
Trabajo no he de ahorrar.

Torrentes de doctrina de mi labio
Jesús hará brotar.
¿Preciso es el valor? Seré una atleta;
Emprenderé la lid.
A espada opondré espada, á treta treta,
A un ardid otro ardid.
Pero treta y ardid, que digno sea
De noble y leal campeón.
No sufriré de Cristo, que alguien vea
Manchado el pabellón.
Si algo se escapa á la humanal flaqueza,
El autor seré yo.
De Dios será lo que haya de grandeza
En mi obra; mío, nó.
Honores, fama, estimación, desprecio,
Son digno galardón
Del tirano, del déspota, del necio,
Yo aspiro hacia otro dón.
Ese dón eres tú, Jesús Divino,
Ese dón es tu cruz.
Con ese dón gustoso mi camino
Prosigo hacia la luz.
Con ese dón las iras desafío
Del mundo y Lucifer.
Con ese dón la tierra y cielo es mío,
La gloria, padecer!
Ese es de Cristo el tipo! venturosos
Si imitarle podéis!
O si seguir sus pasos, afanosos,
Al menos pretendéis.

MARCIAL.

III

LA INQUISICIÓN DEL DIABLO.

Ríome yo, querido lector, á mandíbulas batientes, cuando oigo hablar á ciertas gentes de los horrores de la Santa Inquisición y pintar sus espantosos suplicios y aquellas llamas en que, según lenguas liberales, eran achicharrados los hombres por un quítame allá esas pajas como si fuesen chuletas de ternera.

Y digo que me río por dos razones.

La primera, porque la mitad de lo que cuentan es mentira y la otra mitad no es verdad.

Y la segunda, porque los que de tal modo aspaventean cual si tuviesen aún en las narices el olor de puerco socarrado, que exhalaban sus hermanos en herejía, suelen ser como las mu-

jeros nerviosas que van á toros y se desmayan cuando ven las tripas de un caballo, y no se desmayan cuando ven las de un hombre.

Porque, francamente, es cosa extraña que se toman ciertas gentes tanto interés por la suerte de los criminales que castigó la inquisición católica, y que no se acuerden una vez sola de los millones de víctimas que sacrificó la inquisición revolucionaria, siendo así que los castigados por el antiguo tribunal eran verdaderos delincuentes, mientras los asesinados por la revolución, eran inocentes sacrificados al odio y á la maldad.

Necesario es, pues, ya que tanto charlan de inquisición, hacer ver que si el catolicismo tuvo una inquisición para castigar á los malvados, la revolución ha tenido otra para matar á los hombres de bien.

Es decir, que si ha existido la inquisición de Dios, también ha existido *la inquisición del diablo*.

De ésta voy á hablar hoy, y por cierto que voy á hablar por boca de ganso, para que no se me tache de

parcial. Voy á citar historiadores liberales, testigos la mayor parte de las infamias que describen: así no se dirá que miento.



Para la ejecución de la ley de *sospechosos*, de 21 de Septiembre de 1793, dice un historiador:

“Más de cincuenta mil juntas revolucionarias fueron establecidas en el territorio francés, que costaban noventa y un millones al año, y había quinientos cuarenta mil acusadores, que tenían derecho de destinar á los reos á la muerte. En la sola ciudad de París se contaban sesenta comisiones ó juntas, cada una de las cuales tenía su cárcel especial para los *sospechosos*.”

El girondino Riouffe refiere lo que sigue en sus *memorias de un preso*: «Las mujeres más hermosas, más jóvenes y más amables eran las primeras que entraban en aquella

cárcel, de la cual salían por docenas, únicamente para derramar su sangre en el cadalso. El odio y la depravación iban á la par en aquellos monstruos. Jóvenes extenuadas por aquel trabajo que respetan hasta los mismos caníbales, y otras á quienes se había secado el pecho, ó por el terror, ó porque se les había arrancado á sus tiernos niños de su seno, eran arrojadas día y noche en aquel abismo. Arrastradas de prisión en prisión, llegaban con sus débiles manos cargadas de indignas cadenas, y aun algunas con el collar de hierro. Entraban casi desmayadas y en brazos de carceleros burlones, como fuera de sí y mentecatas. Especialmente en los últimos meses (antes del 9 *terminados*), había una actividad infernal: día y noche estaban los cerrojos en movimiento; sesenta personas entraban por la noche para salir al día siguiente para el suplicio; el día siguiente eran reemplazadas por otras ciento, á quienes estaba destinada igual suerte el día inmediato.

“Catorce doncellas de Verdun, de un candor sin ejemplo, que parecían vírgenes adornadas para una fiesta pública, fueron conducidas junta al cadalso. Desaparecieron todas de un golpe, segadas en su primavera. No he visto jamás entre nosotros una desolación igual á la que produjo tal barbarie.

“Veinte mujeres del Poitou, pobres aldeanas en su mayor parte, fueron también asesinadas juntamente. Todavía me parece que tengo presentes á mis ojos aquellas desgraciadas víctimas tendidas en el patio de la cárcel, extenuadas por el cansancio de un largo viaje, y descansando sobre las duras piedras. En el momento de ir al suplicio, fué arrancado del seno de una de aquellas infelices el tierno hijo que estaba en aquel momento alimentándose con la leche, cuya fuente debía secar un instante después la mano del verdugo. ¡Oh gritos del amor materno! ¡Qué agudos y penetrantes fuisteis...! todo fué inútil; algunas de ellas murieron en la carreta, y fueron guillotina- dos sus

cadáveres. Pocos días antes del día 9, *termidor*, yo mismo ví otras mujeres, de extrema delicadeza arrastradas á la muerte. ¡Y los que hacen eso son hombres, son franceses, á quienes los filósofos más elocuentes han predicado de sesenta años á esta parte la humanidad y la tolerancia!

“...Se había abierto un conducto bien grande que debía dar salida á la sangre en la plaza de San Antonio. Digámoslo, por horrible que sea: todos los días la sangre humana se llevaba á ese conducto, y cuatro hombres eran encargados, durante las ejecuciones, de arrojar la sangre en aquella cloaca.

“Hacia las tres de la tarde, largas procesiones de víctimas subían al tribunal, y atravesando lentamente bajo las largas bóvedas pasaban por medio de los presos que se ponían en fila para verlos pasar, con avidez sin igual. He visto cuarenta y cinco magistrados del Parlamento de París y treinta y tres del de Tolosa ir á la muerte con el mismo semblante con que otras veces iban á las funciones

públicas; he visto treinta arrendadores generales caminar al suplicio con paso firme y tranquilo; he visto á los veinticinco fabricantes más ricos de Sedán, que al dirigirse al cadalso inspiraban compasión á los diez mil obreros que dejaban sin pan: he visto á Baysser, *el terror de los rebeldes de la Vendée*, y el más hermoso guerrero de la Francia; he visto todos aquellos generales que la victoria había cubierto antes de laureles, y finalmente, todos aquellos jóvenes soldados tan fuertes, tan vigorosos..... caminar en silencio; no pensaban más que en morir.”

Dejemos á Proudhon el cuidado de completar este cuadro;

“La misión de Le-Bon en los departamentos de la frontera del Norte puede compararse con la aparición de las furias tan temidas en los tiempos del paganismo. En los días festivos una orquesta de músicos se colocaba al lado del patíbulo y Le-Bon decía á las jóvenes que estaban presentes: *Abandonaos...* Niños que él había corrompido y espías de sus mismos

parientes componían su guardia. Algunos se habían procurado pequeñas guillotinas, y dando con ellas muerte á los pájaros y ratones, se adiestraban para cosas mayores.

“Es notorio que Le-Bon, después de haber contaminado á una mujer que le había sacrificado su pudor para salvarle la vida á su marido, hizo morir á éste á la vista de su esposa, á quien no le quedó otra cosa que el horror de su sacrificio: género de atrocidades tan repetido, que el mismo Proudhon dice que no podían contarse las veces.”

“En Nantes se distinguió Carrier. Cerca de ochenta mujeres sacadas del depósito fueron fusiladas, y después se dejaron sus cuerpos desnudos y expuestos al público por tres días.

“Cinco niños, el mayor de los cuales contaba catorce años, fueron conducidos al mismo lugar para ser fusilados. Jamás se ha visto un espectáculo más conmovedor. Su pequeña estatura salva á algunos de la descarga; libres de sus ataduras se precipitan entre las filas de sus verdugos

se abrazan en sus rodillas y dirigen hacia ellos el rostro en que se retrata vivamente el espanto y la inocencia. Aquellos exterminadores los degüellan á sus pies.”

Ahora hablemos de los ahogamientos de Nantes.

“Gran número de mujeres, entre las cuales había algunas con los tiernos niños al cuello, fueron llevadas al suplicio.... Las inocentes caricias, las sonrisas de aquellas tiernas víctimas, causa en los corazones de las madres una pena que acaba de desgarrar sus entrañas: ellas corresponden con ternura á sus caricias, pensando ¡ay! que son las últimas. Se adelantan y son amontonadas en una barca, y después de desnudarlas completamente, las atan las manos á la espalda. Los gritos más agudos, las quejas más amargas de aquellas madres desventuradas se levantan de todas partes contra los verdugos. Tonquet, Robin y Lanvert les respondían á sablazos, y la tímida belleza, ya bastante ocupada en cubrir su desnudez á los monstruos que la

ultrajaban, aparte, estremeciéndose, la vista de su compañera, cubierta de sangre, y que llega á exhalar el último suspiro á sus pies..... Pero se da la señal y los carpinteros abren de un golpe la compuerta y las ondas las sepultan para siempre.”

Añadamos aún la cita de dos libros de gran valor por las cosas que dicen y los documentos que traen. El primero es de Cordier y se titula *Mártires y Verdugos*; el otro es *Recuerdos de la guerra y de la cautividad*. En aquél, y en la página trescientos cincuenta y ocho del volumen tercero, hállase la estadística siguiente de los individuos muertos por obra de la revolución francesa: “Bajo la Asamblea Legislativa, ocho mil cuarenta y cuatro. Bajo la convención nacional, un millón setenta y seis mil seiscientos seis. Sobre los campos de batalla, ochocientos mil novecientos. En las colonias, ciento ochenta y cuatro mil noventa. Además, Francia perdió en Bélgica, en Suiza, en Italia, en Alemania, en Malta, en Irlanda, en Egipto, en Siria, en la

Guayana &.^a... á consecuencia de fusilamientos ó deportaciones, un millón doscientos mil. Además seiscientos mil puestos á disposición de Baileul. Además cien mil cabezas pedidas por el *Club de Monége*.

“Total: tres millones novecientas veinticinco mil y pico de víctimas.”

¿Qué te parece querido lector, la *Inquisición Revolucionaria*? ¿Ha podido llegar nunca la Inquisición Católica durante su vida entera á derramar la milésima parte de la sangre que derramó en seis años la *Inquisición del diablo*?

De ningún modo.

Y sin embargo, aun se hacen aspavientos al oír nombrar el Santo Oficio. ¡Lástima del Oficio Santo, qué falta hace!



V.

DON DUDAS.

Don Dudas era un señor que tenía la cabeza como una olla de grillos, á consecuencia de haber leído muchos libros malos y haber practicado pocas obras buenas; era un filósofo que se reía de todo desde que había aprendido en no sé que autor *positivista*, que la misión del hombre sobre la tierra sólo consistía en comer bien, beber mejor y dormir á pierna suelta, dejando á un lado preocupaciones y quimeras.

No hay que decir que para Don Dudas eran quimeras todas las verdades cristianas que no convenían á su vida regalona.

Quimera; la existencia de un Dios omnipotente criador y conservador del universo.

Quimera; la existencia de un alma inmortal llamada á destinos eternos.

Quimera; la sanción moral de las acciones humanas, con los premios y castigos de la otra vida.

En fin, quimera todo lo que no fuese comer como un lobo, dormir como un perro y charlar como una cotorra.

—Pero señor Don Dudas, díjele yo un día paseando al pie de un cerrillo donde solía encontrarle algunas tardes; esa filosofía que usted profesa es una filosofía *perruna*. ¿A quién le ocurre creer que la mejor de todas las doctrinas es carecer de ella, y el mejor de todos los sistemas, tenderse á la bartola dejando rodar al caso la bola de nuestro destino? No parece sino que el negocio de nuestra felicidad eterna, sea negocio de poca monta.

—¡Felicidad eterna! exclamó Don Dudas soltando una carcajada. ¿Quién piensa en tales niñerías?

—Pero hombre, ¿está usted loco? ¿Acaso no cree usted que tras esta vida de peregrinación hay otra donde cada sér alcanza el fin para que fué creado? ¿Acaso duda usted que, según

sea buena ó mala la conducta de los hombres ha de tener su premio ó su castigo? ¿Es que usted no cree en el cielo ni en el infierno?

—¡Phse! diré á usted, contestó el viejo sonriendo, en el cielo no tendría dificultad de creer, porque á nadie le amarga un dulce; pero francamente, en el infierno, nó.

—¿Por qué?

—Porque no lo he visto.

Entonces el escéptico filósofo, desenroscando la culebra de su necia filosofía, empezó á llenarme la cabeza de argumentos, para demostrarme que la mayor de todas las locuras era dar crédito á lo que *no se ve* y pasar mal la vida presente por huir los peligros de la venidera.

—Nada, amigo mío, exclamó con énfasis al terminar su perorata; hay que ser *práctico*, y dejarse de ilusiones y tonterías: la vida es corta y conviene pasarla lo mejor posible, sin abandonar lo cierto por lo dudoso. Comamos y bebamos que mañana moriremos.

—¿Y quién á dicho á usted que es

dudoso lo que la religión enseña sobre los premios y los castigos eternos?

— Ta, ta, ta, ¿quién ha visto los castigos eternos?

—Es que sin verlos han creído en ellos las generaciones de sesenta siglos.

—Creían lo que no veían.

—Pero lo creían porque alguien lo había revelado. Lo había revelado Dios, lo habían predicado los profetas, lo habían testificado los santos, lo había dicho el mismo Jesucristo y lo había confirmado la razón de la humanidad entera, convencida por su buen sentido de que era imposible dejase de haber justicia en el cielo ya que no había en la tierra.

—¡Tonterías!

—Pero señor Don Dudas, ¿es posible que la virtud de los justos, la abnegación de los santos y el sacrificio de los mártires sea precisamente la necesidad y la tontería; y que la avaricia de los egoístas, la malicia de los malvados, y el cinismo de los tunantes, sea la sabiduría y la perfección? Porque no hay medio; si el

infierno y el cielo no existen, el vicio es una virtud y la virtud es un vicio. ¿Se ha fijado usted en la fuerza de este argumento?

—Nada, amigo mío, no entiendo el argumento. Ni por esas, ni por las otras me convence á mí nadie de la existencia del infierno. *No creo lo que no veo.*



Tentado estuve de volver la espalda al testarudo viejo, cansado de su terquedad, pero en vez de hacerlo solté la carcajada, dile un abrazo, y concebí en aquel instante el proyecto de darle una broma.

—Eche usted esos cinco, mi queridísimo Don Dudas, exclamé. Su entereza de usted me deja pasmado. Veo que es usted un estoico de piedra berroqueña, el espíritu más fuerte que he conocido. Además ¿quién sabe si tendrá usted razón? ¿quién sabe si la serenidad y la calma puedan caber en tan flamante filosofía? Usted

no cree lo que no ve; pues bien, yo también quiero imitarle. Desde hoy empiezo á ensayar el sistema *positivista*.

—¡Hombre! exclamó Don Dudas lleno de admiración: ¿es posible? ¿Tendría yo la suerte de haber contribuído á...

—Sí señor, y tan posible... Pasemos á esta casita y tomaremos algo mientras departimos amigablemente sobre nuestra nueva doctrina.

La casa á que yo invitaba á Don Dudas era una finca de mi propiedad, próxima á una gran mina en explotación de la que yo era el principal interesado.

—Muchacho, grité á un criado, trae pasteles y unas cuantas botellas, que quiero obsequiar á este caballero.

Al mismo tiempo le deslicé unas palabras al oído.

Momentos después el criado nos ponía delante las botellas y los pasteles.

Inmediatamente avancé sobre las primeras, y llenando y vaciando copas, di comienzo al improvisado

banquete, fingiendo la más bulliciosa de todas las alegrías.

— ¡Muy bien! amigo Don Dudas, exclamaba yo con entusiasmo; ha empezado usted á abrirme magníficos horizontes. No me había yo fijado aún en lo que era el positivismo moderno. ¡Quién sabe toda la felicidad que podrá caber en esa fórmula de *no creer lo que no se ve*: en ese *pirronismo* (1). sublime y cómodo, lema quizás de la verdadera dicha humana. Mas por Baco que he de probarlo; pues ni usted mismo ha de aventajarme desde hoy á ser práctico positivista. ¡Atrás para siempre todos los fantasmas! ¡atrás todas las quimeras! ¡atrás todas las preocupaciones que se opongan á mi felicidad! Desde hoy lo que mis ojos no vean no llegará á creerlo mi corazón. Brindemos pues por la gran doctrina y postrados ante el altar de la despreocupación, juremos desechar toda verdad que no comprueben nuestros sentidos. ¡Viva el escepticismo!

(1) Pirronismo, sistema filosófico que consiste en dudar de todo.

Comamos y bebamos que mañana moriremos.

Don Dudas estaba admirado y con la boca abierta: comenzó á sospechar que yo estaba chispo.

Esto dió nuevo aliciente á la improvisada merendola, y desde aquel momento la jerga fué completa, y las copas menudearon de lo lindo.



Mas de repente hé aquí que mi criado se presenta en la puerta de la habitación pálido como la muerte y con los ojos abiertos y espantados.

—¿Qué ocurre? ¿qué ocurre? preguntamos los dos á la vez.

—Una cosa gravísima. Los trabajadores de la mina *Carmen* á consecuencia de aquella cuestión del otro día, tratan de vengarse de usted, han hecho un socavón en dirección á esta casa y lo han cargado de dinamita pa-

ra dispararlo mientras nos hallamos dentro. ¡Huyamos inmediatamente!

— ¡Cáscaras! exclamó Don Dudas dando un tremendo salto y dirigiéndose hacia la puerta.

Pero antes que el viejo llegase, la había yo cerrado ya y me volvía tranquilamente á la mesa á destapar otra botella.

— ¿Qué hace usted? exclamó el pobre hombre aturdido, sin comprender la razón de aquella calma.

— ¿No lo ve usted? seguir bebiendo. ¿Quién se ocupa en peligros imaginarios? Ni usted ha visto la mina, ni yo tampoco. Siéntese usted, y merendemos.

— ¡¡Abra usted la puerta!! gritó Don Dudas arrojándose á ella energúmeno.

— Pero chico, dije yo al criado. ¿Tú has visto la mina?

— No señor.

— ¿No oye usted? Dice que no la ha visto. Siéntese usted, y empiece este pastelillo.

— O la abre usted ahora mismo

ó la tiro á patadas, exclamaba el viejo agitándose como un loco: —¡usted está embriagado! ¡usted está borracho! ¡abra usted inmediatamente!

—Pero señor Don Dudas, exclamaba yo con espantosa calma. Hace un momento era usted un positivista, ¿qué se ha hecho de su encantadora filosofía? ¿qué se ha hecho de aquella *duda sistemática*, de aquel *pirronismo estoico*, de aquella sublime indiferencia?

—Abra usted, borracho del demonio, gritaba el viejo.

—Usted no es filósofo.... usted es un fanático.

—Abra usted la puerta.

—De ningún modo. He jurado no creer lo que no veo y lo cumpliré.

Jesucristo, los profetas, los santos, los sabios de todos los tiempos, las generaciones de todos los siglos, no pueden convencerme con su fe, con sus razones y con sus milagros, de que existe para mí un peligro eterno y ¿quiere usted que por lo que *se dice*

de un pobre criado huya despavorido de un peligro temporal?

Al oír aquellas palabras Don Dudas, levantó la cabeza, lo comprendió todo y cayó desfallecido en una silla limpiándose el sudor.

La broma había sido terrible.

—Amigo mío, exclamé echándole el brazo por el cuello. ¿Se ha convencido usted por experiencia de lo que es el positivismo? Hace un momento se burlaba usted á mandíbulas batientes del testimonio de la humanidad entera que con pequeñas excepciones ha afirmado siempre de común acuerdo la existencia del mayor de todos los peligros; y un instante después ante la simple afirmación de un pobre criado, se levanta usted despavorido para huir de un peligro imaginario. ¿Puede darse mayor insensatez? Pues tal fué siempre la lógica de la impiedad.

La impiedad lo cree todo; menos lo que no debe creer: lo duda todo; menos lo que no debe dudar. La razón, la historia, el sentido común, le predicen verdades y las niega: la pasión,

la ignorancia y la malicia le cuentan fábulas y las cree.

¿En qué consiste tal misterio de locura?

—¡Ay amigo mío! en que Dios acaba por dejar verdaderamente ciegos á los que voluntariamente cierran los ojos para no ver.

Después del *filósofo* bromazo, Don Dudas no volvió á marearme más la cabeza con su *filosófica* algarabía.

A. C. y G.



Abierta al mundo
Biblioteca de Petróleo

VII.

CIENCIA VERDADERA.

Amigo Matraca: Ofreció U. hace mucho tiempo demostrar que los hombres grandes fueron siempre muy piadosos, y quisiera ver cómo sale U. del apuro.

Hora es ya de que cumpla U. la palabra. No vaya U. á ser como los relojes de sol, que apuntan y no dan.

—No, Blas; yo apunto y doy, y además, hago blanco. Ofrecí probarte que los hombres verdaderamente sabios fueron siempre hombres de fe, y te lo cumpliré. De esta manera caerás del asno que montas, tú y muchos como tú, que creen que la ciencia está reñida con la religión.

—Yo, como oigo á todos los que hoy se la echan de sabios decir que no creen en nada...

—Porque esos sabios saben tanto como la suela de mi zapato.

—Hombre, no diga U. eso.

—Lo digo, porque veo que hacen lo que la suela, recoger lo que á otro se le cae después de haberlo estropeado.

—¡Tío Matraca!

—Lo que tú oyes. Esos individuos que hoy hacen tanto ruido, valiéndose del bombo de la prensa moderna (instrumento dispuesto á dar serenata á todo el que las paga), esos individuos, digo, no suelen ser sino unos *cursis* del saber humano, que se han dedicado á hacer lentejuelas con oro ajeno para brillar á poca costa.

—Los hay que saben mucho.

—Sí, mucho... de lo que otros inventaron. ¡Y te parece que por eso pueden decir ya que son más sabios que los mismos inventores?

—No por cierto.

—Pues entonces, juzga lo que deberemos pensar de unos mamarrachos que no llegando al zapato de los gran-

des maestros, se atreven, sin embargo, á enmendarles la plana, blasfemando del Dios que aquéllos adoraron con toda su alma, y de la religión que aquéllos reconocieron por única verdadera.

--Tal vez éstos hayan descubierto alguna cosa nueva.

—Sí, la osa mayor. ¡Infeliz! ¡Tú sabes lo que éstos han descubierto?

—¿Qué?

—El arte de medrar á costa de los tontos, y el de hacerse ricos á costa de los malvados. Es decir, el arte de cambiar blasfemias por monedas de perro grande. Esa es la ciencia nueva que han inventado los sabios que tú admiras. Ese es al arte que han descubierto todos esos que escriben los periódicos que tú lees. Y si no, díme: fuera de la impiedad, ¿en qué sobresa- le esa gente? ¿dónde están sus obras maestras y sus grandes descubrimien- tos? En ninguna parte.

—Hombre, no diga U. eso; unos saben matemáticas, otros astronomía, otros física, otros química...

—Sí, unos saben las matemáticas

que desarrolló Pascal, otros la astronomía que descubrió Keplero, otros la física que adivinó Newton, otros la química que fundó Liebig.

—Bien, ¿y qué quiere U. decir con eso?

—Que los tales *sabios* son simplemente unas medianías, y que por lo mismo, debían tener menos orgullo y más sentido común.

—¡Sentido común!

—Sí, sentido común, que es el sentido que enseña á los cortos de vista á dejarse guiar por los que la tienen más larga.

Newton, Keplero, Liebig y Pascal, vieron claros los fundamentos en que descansan las verdades de la fe, y con todo su talento asintieron á ellas. ¿Quiénes son ahora estos cegatos para negarlas, y negarlas en nombre de la ciencia?

—¿De manera que U. sigue creyendo que los grandes genios fueron hombres de fe?

—Lo creo y tú también lo creerás cuando veas cómo se expresaron. Escucha á Keplero. Oye lo que decía

este genio, que descubrió la órbita de los planetas:

“Os doy gracias, creador mío y Señor mío, por haberme procurado tal alegría en el estudio de vuestra creación. He dado á conocer á los hombres la magnificencia de vuestras obras en todo aquello que mi espíritu limitado ha podido comprender de vuestra inmensidad. Si algo he dicho, Señor, que sea indigno de Vos, si he dado alguna cabida á las satisfacciones del amor propio, perdonádmelo misericordiosamente.”

—Hombre piadoso era el tal Keplero.

—Como que tenía verdadero talento. Oye ahora al eminente Humfri Dawy, uno de los sabios que más contribuyeron al desarrollo de la física moderna.

“La influencia de la religión (decía), sobrevive á todas las energías terrestres, y gana fuerza, á medida que los órganos envejecen y el cuerpo se aproxima á su disolución. Semeja á la estrella resplandeciente de la tarde, que brilla en el horizonte de la vida,

y estamos bien seguros que vendrá á ser la estrella de la mañana en otra vida, es decir, después que haya enviado sus rayos á través de la muerte.”

Luégo añadía:

“El hombre se hace mejor, á medida que se hace más sabio; sube á la vez las gradas de la ciencia que las de la virtud. Cuanto más adelante penetre su mirada en los misterios de la ciencia, más se llena su corazón de una fe sublime.”

—¿Eso querrá decir, que cuanto más claro ve, más fe tiene?

—Justo.

—Entonces, ¿por qué algunos hombres son tan incrédulos?

—Porque tienen turbio el cristal del corazón, que es por donde entra la luz en el alma (1).

Pero sigamos adelante. Oye ahora á Oersted, el que descubrió las relaciones entre el magnetismo y la electricidad:

“Gran cosa es (decía), la gloria de

(1) Que es por lo que dijo Jesucristo: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”

la inmortalidad: pero si no se halla sostenida por la esperanza de una inmortalidad más alta, si no es reflejo de una vida eterna, ¿qué otra cosa sería sino una vana ilusión?

—También era hombre de fe.

—Pues Ampére, el célebre químico, la tenía tan arraigada, que al morir, habiéndosele querido leer un pasaje de la Imitación de Cristo, contestó: “Sé todo ese libro, porque lo llevo impreso en mi corazón.

—Vaya... veo que la gente gorda creía á puño cerrado.

—Pues no he acabado aún. Mira el epitafio que compuso Copérnico para su sepultura:

“Señor, no pido una gracia igual á la de Pablo, ni pido tampoco el perdón de Pedro; sólo imploro fervientemente el que otorgasteis al ladrón en el madero de la cruz.”

—¡Caracoles!

—Pues aun queda otro: aun queda Linneo, uno de los primeros naturalistas del mundo.

“Despierto, exclamaba, vi pasar á un Dios sempiterno, inmenso, omnis-

ciente, omnipotente, y me quedé asombrado.”

Y Kielmeyer expresaba así su opinión acerca de la inmortalidad del alma: “Hay en el hombre muchas cosas que se pierden; pero todo lo que pertenece al espíritu se ha hecho para vivir eternamente.”

En fin, ¿para qué he de cansarte? Baste añadirte que no ha habido ningún sabio verdadero, que no haya unido la sabiduría á la piedad.

—Pero, diga Ud., tío Matraca, ¿y todos esos genios de quien tanto se ha hablado en el mundo, como Buffon, Cuvier, Franklin, Boherave, Hoffman, Volta, Galvani, Humboldt, tenían también fe?

—Todos la tenían, y de ella dejaron bellísimas pruebas.

—¿Y aquellos célebres literatos y poetas que se llamaron Goethe, Dante, Petrarca, Cervantes, Camoens, Tasso...?

—Todos reconocieron las verdades de la religión; diré más, aun los mismos incrédulos célebres que las atacaron, cuando su orgullo les dió

una tregua, bajaron la cabeza. Ahí están Rousseau, Voltaire, Napoleón, Proudhon, y otros mil. En fin, sería el cuento de nunca acabar, porque podría multiplicar las citas hasta lo infinito.

—Pues multiplíquelas U.

--No, que sería cansarte. Acabaré diciéndote sólo, lo que decía Eusebio:

“Toda la vida humana descansa en la fe y en la esperanza.”

Y lo que decía Teodoreto: “No podemos llegar á saber nada sin haber creído antes.”

Y lo que decía Séneca: “La vida individual y la social... están subordinadas á la fe, pues por la fe adquiere el hombre la certeza sobre la mayor parte de las cosas.”

Y lo que decía Grocio: “Suprimid la fe y desaparecerá la historia.”

Y lo que decía Pascal: “Débil debe ser la razón del que no cree más que lo que comprende, porque es que no ha comprendido que hay cosas incomprendibles.”

Y lo que decía Platón...

—¡Cáscaras! Tío Matraca; y decía U. que no multiplicaba.

—Pues me queda muchísimo, hijo mío, y podría aun continuar multiplicando.

—No hay necesidad, tío Matraca, no hay necesidad. Estoy convencido de que los hombres de verdadero talento no han sido incrédulos. Pero, digo yo: ¿los talentos modernos han sido lo mismo?

—Lo mismo exactamente.

No ha mucho moría el célebre químico Dumas, y poco antes de morir, exclamaba ante la Academia de Ciencias de París: “Señores, cuando á mayor altura llega la ciencia en el descubrimiento de las leyes de la Naturaleza... ve con toda claridad que hay algo que la aventaja, y que ese algo es la fe del carbonero que cree sin sombra de duda todo lo que le ha enseñado el catolicismo y el cura de su aldea.”

—¡Canastos! este si que era francote.

—Pues era uno de los primeros químicos del mundo.

Lo mismo que el célebre Mr. Pasteur, el gran inventor del contra-veneno para curar la rabia; el hombre

que con sus descubrimientos está hoy llamando la atención de Europa entera, y que sin embargo, no se desdeñaba hace algunos meses de dar pruebas de su fe y de su piedad, llevando una luz en una procesión de la Santísima Virgen. Pregunto yo, Blas, ¿será que esos hombres harán eso porque saben poco?

—No.

—¿Luego lo hacen porque saben mucho?

—No hay duda.

—Pues entonces, ¿qué merecen los que sin poder llegarles al zapato, se empeñan en tocar el bombo de la ciencia para hacernos creer que todo es mentira?

Pero, no, no es eso lo que ellos buscan al tocar el bombo. Lo que ellos buscan es otra cosa. Son los cuartos. Han visto que el publicar periódicos de á perro grande, con mamarrachos pintados, diciendo que no hay Dios, produce mucho, y se han dedicado todos á blasfemar á jornal.

—¡Ah farsantes! Y esos son los que dicen que van á ilustrar al pueblo.

EL BARBERO DE DON RUFO.

¡Ah! ¡La libertad de conciencia! exclamaba un día mi vecino D. Rufo, agitando en la mano un papelucho libre-pensador de los más rabiosos y desaforados. — No hay nada como la libertad de conciencia. Ella ensancha el corazón, da rienda suelta al pensamiento, deja obrar libremente al individuo, y haciéndole *autónomo*, esto es, dueño de sí mismo, echa las bases de su completa felicidad,

— ¡Retebien!

— No se ría U., señor mío. Cuanto digo es exacto, y puede comprobarse con los mismos hombres que han dado *amplitud* á su pensamiento y á su conciencia: han sido los más felices de la tierra.

— Pero diga U., D. Rufo, exclamé yo; y los que los rodeaban, ¿eran tan

felices como ellos? Porque francamente, si yo doy carta blanca á mi conciencia para hacer diabluras, esas diabluras, para mí serán muy gustosas; pero á mi vecino tal vez le parecerán más amargas que un puñado de aceitunas verdes.

—Esas son tonterías, contestó D. Rufo, desentendiéndose del argumento.— De la libertad del pensamiento nada hay que temer; porque cualesquiera que sean las opiniones que un hombre abrigue, mientras se hallen en el inviolable santuario de la conciencia, no ofrecen peligro.

D. Rufo había aprendido lo del *inviolable santuario* en el periodicocho de su mayor aprecio, y repetía la frase á cada instante; porque hay que advertir que nuestro hombre, además de tonto de capirote, era más pesado que el plomo.

Quise replicar pero no me dejó.

—Le repito á U., añadió, que el libre pensamiento no ofrece peligro. Sólo que ustedes los católicos se empeñan en sostener lo contrario, porque quieren encadenar la con-

ciencia humana para que siga una ley única y exclusiva.

—¿Qué está U. diciendo, hombre? ¿Qué cadenas ni qué calabazas echamos nosotros á nadie con enseñarle los mandamientos de la ley de Dios?

—Sí, señor, se las echan ustedes; porque con ellos le inclinan á seguir una ley única y exclusiva que.....

—¿Otra *exclusiva*? Pero es que quiere usted que para cada hombre haya una ley y una verdad distinta?

—No, señor; porque yo ya sé que la verdad es siempre una sola, pero como en el mundo nadie la conoce....

—Se equivoca U., amigo, que los católicos la conocemos muy bien; como que para nosotros no hay otra que la que enseña la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

—Pues los libre-pensadores no estamos conformes con eso. La verdad nadie la conoce, decimos: luego cada cual puede seguir y creer la que se le antoje.

—¡Eso es! ¿Y si se le antoja á cualquiera inventar un disparate, y ese disparate perjudica á la sociedad,

como sucede siempre con todos los disparates contrarios á la ley de Dios?

— No importa; ¿qué peligro hay en ello? He dicho á U. ya, que mientras las ideas no salen del santuario de.....

Cuando oí nombrar por segunda vez el santuario, no pude más, y estuve tentado á echar á correr; pero en aquel momento sonaron dos golpes en la puerta de la habitación, y una voz algo cascadilla preguntó:

— ¿Da U. su permiso?

— Adelante contestó Don Rufo.

— ¡Ave María Purísima, dijo entrando en seguida á la habitación un hombre muy amable, de corta estatura, vestido con un traje humilde, pero sumamente aseado.

Era el barbero de Don Rufo, uno de los hombres más piadosos y honrados que había en el país, pero tan partidario de antiguas instituciones, que aseguraban malas lenguas que le rezaba todas las noches un Padre Nuestro á San Lorenzo el de las parrillas, para que volviera á es-

tablecerse en España la Santa Inquisición.

—¿Se sirve U., señor Don Rufo? preguntó el Barbero con exquisita amabilidad, mientras extendía sobre la mesa una de aquellas bolsas antediluvianas que usaban *in illo tempore* los individuos de su oficio.

—Allá voy, maestro, contestó el viejo, quitándose la corbata y volviendo en seguida á la conversación. Me alegro, dijo, que nos oiga el maestro Bartolo, pues á pesar de sus rancias ideas, no podrá menos de estar conmigo.

—Decía yo, maestro, que la conciencia y el pensamiento deben ser libres por dos razones: primera, porque la verdad de las cosas nadie la sabe, y..... vaya U. á averiguarla; y segunda, porque, aunque al creer cada cual sobre ella lo que se le antoje, incurra en un error, ese error nunca será peligroso mientras no salga del santuario de la conciencia.

El maestro sonrió, y empezó á afilar las navajas.

— Por eso, nosotros los libre-pensadores, continuó D. Rufo, dejamos la rienda suelta á los pensamientos de todo el mundo, seguros por otra parte de que el hombre y la sociedad pueden dormir tranquilos. Porque... es lo que yo digo... ¿qué peligro pueden ofrecer las ideas mientras no salen del santuario de la conciencia?

No se moleste U. más en repetirnos lo del santuario, contestó el maestro con muchísima calma; no hay necesidad. Y luégo parándose y mirando al viejo de hito en hito, movió dos ó tres veces la cabeza, y... ¡¡Si usted supiese lo que hay!! dijo.

— ¿Que hay? preguntó D. Rufo picado de curiosidad.

El maestro se volvió entonces hacia mí; y como si entre los dos hubiese algún secreto, me preguntó sonriendo:

— ¿Se lo digo?

A encogerme iba yo de hombros sin saber lo que era aquello, cuando una seña del buen barbero me hizo sospechar que se trataba de una broma.

— Dígaselo U., contesté.

—Pues bien, señor D. Rufo exclamó el figaro, tomando entre sus manos la cabeza de su parroquiano para darle la primera pasada; va U, á saber lo que hay (se entiende si guarda U. el secreto).

—Usted se burla.

—Pues bien; aquí donde U. nos ve, el señor y yo, no sólo pertenecemos ya en cuerpo y alma á la escuela del moderno libre-pensamiento, sino que hace tiempo formamos parte secretamente de una de las logias más avanzadas de él.

—¿Que me cuenta U.? exclamó el viejo volviendo hacia nosotros su mirada llena de asombro.

—Lo que U. oye.

—Pero, ¿cómo no me lo han dicho ustedes más antes?

—Porque no todo puede decirse, amigo mío; pero..... ha llegado la hora y preciso es ya que nos descubramos á nuestro amigo á nuestro hermano, al hombre de espíritu fuerte que con su privilegiada inteligencia nos ha abierto de par en par las puertas de la verdadera ilustración...

—¡Queridos míos exclamó D. Rufo, levantándose con la cara llena de jabón para darnos un estrecho abrazo.

—No hay necesidad, D. Rufo, no hay necesidad; dije yo viendo que lo del abrazo iba de veras.

—Es que mi satisfacción es muy grande, exclamó el viejo.

—Mayor es la nuestra, contestó el barbero, tanto más cuanto que nuestras nuevas ideas constituyen la última expresión de la más hermosa filantropía.

—¡Sublime!

—Y de la fraternidad más universal.

—¡Admirable!

—En fin, con decir á U., que dado el atraso de los tiempos, hasta nos exponemos á perder la vida por hacer la felicidad de nuestros semejantes....

—¡Oh! exclamó D. Rufo entusiasmándose, ¡cuán grande es la libertad absoluta de conciencia! ¡cómo inventa caminos nuevos! Y aun hay estúpidos que quieren encadenar la razón del hombre, imbuyéndole una doctrina *única y exclusiva*. Así estamos tan

atrasados. Pero..... señores..... acabemos, porque estoy ya rabiando por conocer las ideas de ustedes. Digan, digan.

—¡Oh! poco á poco dijo el barbero; para eso es necesario tomar antes ciertas precauciones. Si le parece á U. cerraremos la puerta.

Y dirigiéndose á la de la habitación sin esperar la respuesta de D. Rufo, echó la llave y se la metió en el bolsillo.

D. Rufo miró la operación y extrañó algo, pero no hizo caso.

—Pues vamos, dijo el maestro abriendo la navaja para pasarla otra vez por la correa; yo siento no haber sido antes franco con usted; pero... á veces hay consideraciones y circunstancias que obligan á guardar el secreto. El señor y yo hemos formado juntos en una de las escuelas más avanzadas del naturalismo moderno.

—Muy bien. ¿Y qué escuela es esa?

—No sé si la conocerá U. Hemos ingresado en... la secta filantrópico-social, llamada de...

—¿De qué?

—De los *degolladores*.

—¿Qué? exclamó D. Rufo volviendo rápidamente la cabeza.

—Pues... nada...que hemos ingresado en la secta llamada de los *degolladores*, repitió el maestro con muchísima calma, afilando la navaja por cuarta vez. Cuando le explique á usted bien el pensamiento, añadió, verá usted qué grande y qué sublime es.

Don Rufo empezó á mirar la puerta.

—Pues, señor, dijo el maestro cogiendo de nuevo la cabeza de D. Rufo; sabido es que el hombre viene á este mundo á desempeñar una misión, para la cual la naturaleza le concede fuerzas, salud, &c. Mientras el hombre disfruta de esas condiciones, es feliz, pero... ¿y cuando las pierde? Cuando la edad avanza, los achaques empiezan á minorar su salud, y la tristeza se apodera de su alma, ¿qué mayor prueba de amor puede dársele que la de quitarle de encima la carga que le abruma; es decir, la carga de la vida? Pues bien, la secta filosófico-religiosa á que pertenecemos tiene ese objeto.

Don Rufo volvió las ojos con visible ansiedad y empezó á palidecer.

— Nuestra hermandad, prosiguió el barbero, jura contribuir á la felicidad del hombre y de la sociedad, eliminando de ella á los seres que por su edad ó achaques son ya sólo un elemento de dolor y de miseria.

Don Rufo, que era más viejo que un zarzo, y que padecía de gota hacía muchos años, se puso ya tan blanco, que creímos se desmayaba.

— Maestro, dijo; no se entretenga U. en repelarme tanto, porque sabe U. que tengo la barba delicada.

— Acabo en seguida, contestó el truhán del barbero, reanudando el hilo de su discurso. Ya ve U., dijo, si el árbol del libre culto da buenos frutos. Es tontería; donde no hay libertad de conciencia y de pensamiento, no puede haber nada nuevo.

— Sin embargo, exclamó D. Rufo completamente descompuesto, hay ideas que por lo peligrosas conven-dría...

— ¡Cómo peligrosas, señor mío! exclamó el maestro Bartolo más serio

que un ochavo de especias. ¿Desde cuándo discurre U. de ese modo? Mil veces ha sostenido U. mismo, que mientras las ideas se hallan en el *santuario de la conciencia*, deben respetarse porque no ofrecen ningún peligro; y tiene U. muchísima razón. Solamente que el fanatismo católico se empeña en sostener todo lo contrario; por eso, mientras no acabemos con él, tendremos que ocultarnos para practicar nuestra misión salvadora. En la última sesión secreta nos reunimos todos los barberos, y convinimos en.... (levante U. un poco la cabeza, que voy á quitarle á U. los pelitos de la garganta).

—¡Infame! quítese U. las narices, exclamó D. Rufo, dando un salto y escapando del sillón con el paño colgando y la cara á medio afeitar ¡Asesinos! ¡asesinos! ¡que me matan! gritó con todos sus pulmones.

—Pero ¡Señor D. Rufo! exclamamos los dos, ¿está U. loco?

—¡Asesinos! ¡asesinos! seguía gritando el viejo.

—Pero ¿quién le ha dicho á U. que

nosotros tratamos de hacerle daño? Al revés; nuestra conciencia nos dicta todo lo contrario.

—Vayan ustedes á la porra con su conciencia; ó mejor dicho: vayan ustedes á presidio, que allí debían estar ustedes.

Entonces, viendo que el viejo continuaba escandalizado y con trazas de desmayarse, soltamos la carcajada y le declaramos que todo había sido una broma, asegurándole que ambos éramos tan católicos como antes, y que ni por todo el oro del mundo éramos capaces de abandonar nuestra fe y nuestras ideas cristianas.

Al oír esto, respiró, mirándonos bien para asegurarse de que decíamos la verdad.

—Vaya, dijo, me han dado ustedes una broma demasiado pesada, y esto no es justo.

—Sí que lo es, D. Rufo, contesté yo, porque de ese modo se habrá U. convencido de una gran verdad, y es, que si en el mundo no hubiese una ley *única y exclusiva* que se llama la

ley de Dios, y además no hubiese una religión que inculcase esa ley en la conciencia de los hombres, haciéndoles ver la obligación que tienen de obedecerla, no sólo no podríamos vivir en paz, sino que ni siquiera podríamos afeitarnos.

Desengáñese usted, señor D. Rufo; en eso de libertad de *conciencia* hay un punto que pocos entienden, y por ese punto es por donde el diablo mete la pata.

Una cosa es que el hombre sea interiormente libre para elegir cualquier camino, y otra cosa es que se empeñe en sostener que todos ellos son iguales, y que por lo mismo no está obligado á seguir por uno determinado.

El hombre es libre en su corazón para ser bueno ó malo, pero sólo tiene derecho á ser bueno.

El hombre es libre en su cabeza para pensar mal ó bien, pero sólo tiene derecho á pensar bien.

Esta es la doctrina católica, con la cual queda salvada la libertad del hombre y la santidad de Dios.

.....

Cuenta la historia que desde aquel día, D. Rufo dejó de ser *libre-pensador*, y que habiéndose asegurado bien de que tampoco lo era su barbero, se dejó afeitar ya con muchísima tranquilidad.



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo
Biblioteca de fundamentos

VIII

EL SECRETO DE LA DICHA

Hace tres años próximamente, falleció en el colegio de Jesuítas de Zaragoza, un candorosísimo joven de 10 años, llamado José María Vallés. Su muerte causó general sentimiento, porque aquel joven, más que criatura humana, era un ángel. Estudiaba primer año de filosofía, y era un modelo de exactitud, de bondad, de dulzura y de inocencia.

El día 12 de Marzo, á causa de unas violentas calenturas que habían abatido mucho su ya débil naturaleza, empezó á sufrir unas hemorragias. El 16 se agravó, y pocas horas después entró en la agonía.

Sus padres habían acudido á su lado. Hallábase allí también un her-

mano suyo, estudiante en el mismo colegio.

Después de recibir el Santo Viático, hizo que le trajesen un crucifijo y fijó en él sus ojos moribundos.

Entonces empezaron á salir de su boca palabras llenas de amor.

— No quiero la salud, no, exclamó en uno de sus transportes. San José me aguarda en el Cielo para celebrar su fiesta. ¡Oh! sí, sí, morir.... Al Cielo.... al Cielo....

— Hijo mío, exclamó su madre. ¡Te acordarás allí de mí?

— Sí, mucho, le contestó

— Dime, hijo mío, alguna palabra de consuelo, insistió la madre, como queriendo retener su alma, que se escapaba por momentos.

— Con gusto, madre mía; pero no puedo, no puedo ya, déjame con mi Dios.

Después se dirigió á su hermano.

— ¡Adiós, Manuel, hermano mío, adiós! continúa siendo bueno como hasta aquí; aplícate, respeta á tus superiores.

Luégo enmudeció; se acentuó su

agonía, y algunos momentos más tarde era cadáver.

Entre los papeles del niño se hallaron unos apuntes escritos de su puño.

He sido criado por Dios y para Dios,
decía en uno de ellos. *¡Jesús mío,*
os prometo desde hoy no hacerme sordo
á vuestros divinos llamamientos!

Esta mnerte impresionó mucho á todo el mundo.

*
*
*

Vamos á otra.

Un joven, hijo de una familia que no queremos nombrar por no afligirla más de lo que Dios la ha afligido, vivía en cierta población, completamente entregado á los vicios; de café en café, de garito en garito, ajeno á toda práctica religiosa, casi siempre ebrio por las bebidas alcohólicas, y más aún por ese furor que se apodera de los libertinos, y que es la mano que los empuja hacia el abismo.

Dominado por las malas pasiones, y poseído de la febril irritación que producen la monomanía del placer y la imposibilidad de asir el fantasma de la dicha, que huye siempre delante de los extraviados, el infeliz de quien hablamos cayó en la desesperación, y, lo que es consiguiente, pensó en poner fin á su existencia.

—Voy á pegarme un tiro, dijo á un amigo.

—¿Por qué?

—Porque estoy cansado de vivir. (Apenas tenía veinte años).

El amigo se encogió de hombros, y se limitó á decírselo á su padre.

El padre, que quizá y sin quizá, era la causa de aquella situación, por el culpable abandono en que había tenido la educación del joven, (pues es de notar, que hoy, muchos padres creen que dejando á sus hijos pan, ya les han dejado cuanto podían dejarles), el padre, digo, se afligió mucho, y trató de buscar el medio de evitar aquella catástrofe.

Entonces le ocurrió una idea peregrina: dar dinero á su hijo

El desgraciado no comprendía que aquello era lo mismo que cebar la fiera que había de devorarle.

El joven tomó el dinero, lo miró con tristeza y se volvió al café.

Allí clavó la cabeza entre las manos, y fijó en la mesa sus ojos distraídos.

El fantasma de siempre volvió á flotar ante su vista. La sierpe volvió á morderle en el corazón.

—! Qué triste es la vida! se dijo. ¡Habría cosa más negra? ¡vivir hastiado, vivir sin alegría, sin esperanza! ¿es esto vivir?

Y tenía razón: vivir sin esperanza no es vivir; vivir hastiado, vivir sin alegría, es vivir muriendo.

Mas el infeliz no sabía que había un secreto para vivir dichoso aun en medio de las penalidades de la vida.

Lo buscaba pero sin encontrarle. Necesitaba la vida de su alma, y esa vida había desaparecido.

Ciego por la falta de la fe, volvióse á todas partes buscando luz, y nada vió; todo estaba oscuro.

En tal estado, desmayado su cora-

zón por la fiebre de tantas miserias, quiso aún reaccionar; pero los muertos no reaccionan.

Entonces, la desesperación volvió á batir sus alas sobre la cabeza del desgraciado, y Satanás hizo el resto.

Pidió una botella de ron y la bebió.

Después pidió otra, y después otra.

Por fin, embrutecido por el alcohol en el grado suficiente para cometer el mayor de todos los crímenes, se fué á su casa, se encerró en su habitación, tomó un revolver y se saltó la tapa de los sesos.

Esta muerte también causó mucha impresión.



Saquemos consecuencias.

También nos ha impresionado á nosotros la comparación de estas dos maneras de morir, tan completamente opuestas, en dos jóvenes casi de una misma edad y posición.

Y como las impresiones suelen producir ideas, en seguida nos ha ocurrido preguntarnos:

— ¡Señor! ¿dónde está la causa de la felicidad ó de la infelicidad humana? ¿qué será lo que constituye para los hombres el secreto de su dicha ó de su desdicha?

Y reflexionando detenidamente, hemos hecho este cálculo:

Tal secreto no se halla en el dinero, porque lo mismo se desespera el rico que el pobre, y á veces el rico es el que antes se suicida.

No está en la salud; porque mientras uno muere tranquilo y contento en medio de una cruel enfermedad, otro se quita á sí mismo la vida hallándose bueno y sano.

Tampoco está en la edad, porque lo mismo se desespera el joven que el viejo, y aun suele observarse que el viejo se desespera á veces menos que el joven.

Finalmente, tampoco está en el goce de todos los placeres terrenos, incluso los del amor, porque como ya se ha visto, y se ve cada día por

experiencia, aquellas personas que más han gozado de tales placeres, son ordinariamente las que más pronto han caído en la tentación de privarse de la existencia.

Ahora bien: no hallándose el secreto de nuestra felicidad en el dinero, ni en la salud, ni en la edad, ni en el goce de todos los placeres terrenos, incluso los del amor, ¿dónde está ese secreto?

En un solo punto íntimo, muy íntimo.

En la vida del alma.

Es decir, en la buena dirección y desarrollo de esa misma vida.

En una palabra, en la religión.

En efecto, religión quiere decir lazo, quiere decir fuerza, quiere decir amor; pero amor recto, amor del último fin, amor de Dios.

Es el impulso que dirige los corazones hacia el Cielo, á la manera que las brújulas son dirigidas hacia el Norte.

Es para nuestras almas como la savia que hace crecer las plantas en la primavera y primero las viste de

hojas, y luego las cubre de flores, y por último las llena de frutos.

Porque, ¿qué es nuestro espíritu en su desarrollo sino una planta, cuyos frutos se cosechan en la vida eterna?

¿Y qué otra cosa es el error y el vicio sino los obstáculos que se oponen al crecimiento de esa planta, oprimiéndola hasta secarla é impedirle que fructifique?

Observemos lo que sucede á las almas que dejan de tener religión, es decir, á las almas que interrumpen la corriente del amor que las impulsaba hacia su último fin.

Lo primero que hacen es agostarse, languidecer, torcerse. En vez de mirar al Cielo, se vuelven hacia la tierra, para buscar en ella lo que no encontrarán jamás: la felicidad.

Y no la encontrarán, porque la felicidad de cada sér consiste en el cumplimiento de sus propias leyes, únicas que pueden conducirle á su destino. Esto no tiene escape.

La historia de las desesperaciones humanas es siempre la misma.

La del viajero que camina hacia su patria, y se pierde en el camino, porque se empeña en detenerse para gozar la sombra de sus orillas.

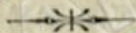
La conciencia, guía fiel, le dice: marcha; su corazón sensual, le dice: quédate. Primero lucha con su guía, luégo trata de engañarle, y por fin, ensoberbecido, le vuelve la espalda. Entonces empieza á extinguirse en él la voz que le llamaba. Cada vez la oye más lejos, y si al principio se alegra de no ser molestado por ella, pronto ¡ay! llega la noche; los últimos reflejos del sol de la vida comienzan á apagarse; el frío del escepticismo lo invade todo; no hay ya flor que conserve su aroma; hasta los pajarillos que le alegraban han enmudecido; y entonces, ¿dónde está la patria? ¿dónde está la vida? ¿dónde está la luz?

En ninguna parte.

Pongan los incrédulos la mano en su corazón, y digan si nos equivocamos.

Reflexionen si siendo un hecho cierto que entre las penalidades de

la vida hay corazones alegres, y entre sus alegrías corazones tristes, no es lógico suponer que el secreto de la dicha no consiste en las satisfacciones ni en las alegrías, sino en el amor de Dios, en el cumplimiento de sus leyes, y en la esperanza de alcanzar la vida eterna.



Abierta al mundo
Biblioteca Sole Patrimonial

IX

LA MANO DE DIOS.

Hay recuerdos que no se borran jamás de la memoria, por más que el tiempo pase trayendo cada día hechos y sucesos que debieran colmar la medida de lo que la mente humana es capaz de retener. En la mía existe fresco y vivo el del Sr. D. Patricio Armero, tanto por el cariño que supo inspirarme, como por ha-

berse verificado en él una de esas manifestaciones que hace Dios de vez en cuando, de su poder y de su misericordia.

D. Patricio Armero era miembro de una familia muy notable de Mariquita, de la cual quedan ya poquísimos descendientes. Nació en el año de 1792, y en la época que alcanzan mis primeros recuerdos, manifestaba tener unos cuarenta años. Era de mediana estatura, delgado, y á su aspecto marcial unía muy finos modales y afable trato. Había militado á órdenes de mi padre, en la desastrosa campaña de Antioquia en 1815, contra el jefe español Tolrá, y en la de la Costa en 1821, y fué tan grande el afecto que concibió por su jefe, y por todo lo que le pertenecía, que se impuso el deber de mostrar su cariño á mi familia de cuantas maneras le era dable; no siendo pocas las veces en que al abrazarme lloraba de ternura.

Todas las noches venía á casa, y aun me parece que lo veo llegar, á retaguardia de su familia hasta la

puerta de la sala; allí dejaba su capote de paño, el sombrero, la linterna y su sable toledano con cubierta de latón, y poniéndose á vanguardia, entraba acompañado de su esposa, la estimable señora D.^a Francisca Otero, á quien llamábamos «mi sia Pacha,» y detrás de ellos mi sia Pachita con mi sia Agripina; Camila con Luisa la encantadora, y Rafael con su nodriza. Mi sia Pacha encontraba siempre asiento junto á mi madre; las señoritas tenían sus amigas entre mis tías y mis hermanas; Rafael, después de conversar unos instantes conmigo, tomaba el regazo de su nodriza y se dormía profundamente. D. Patricio pasaba las horas conversando ó jugando fusilico con mi abuela y con otros tertulios que nunca faltaban, y yo me extasiaba mirando de hito en hito la fisonomía del amigo de mi padre, tan rara, y tan llena de contrastes, pero que para mí tenía un encanto indefinible, pareciéndome ser el tipo perfecto de un buen oficial de caballería. Su cabello negro y crespo, se remolineaba

de mil maneras en su redonda cabeza, su frente cuadrada y un poco saliente estaba en parte surcada por profundas arrugas que, saliendo del entrecejo como de un volcán, se dirigían todas al lado izquierdo, dejando el derecho terso y sereno. Las cejas, pobladas talvez en demasía, no parecían del mismo rostro, pues la izquierda la tenía erizada y revuelta, mientras que la derecha formaba una curva perfectamente trazada, y remataba en punta. Su ojo derecho, de un azul claro trasparente, daba á su fisonomía por aquel lado una marcada expresión de bondad; el izquierdo, de color pardo oscuro casi negro, sólo se le veía de cuando en cuando, pues lo tenía de continuo cerrado á fuerza de terribles contracciones musculares que eran las que producían las arrugas de la frente y las de la nariz que nunca pude saber cómo la tenía. Un poblado mostacho de bello color castaño contrastaba con su negra cabellera, pero estaba de acuerdo con su ojo derecho.

En agradable tertulia pasaba la noche hasta las diez, y á esa hora invariablemente volvía á su hogar.

Las únicas épocas en que las visitas se suspendían eran las de las elecciones, que en ese entonces se verificaban, si mal no recuerdo, cada dos años. Afiliado D. Patricio en el partido liberal furioso, dejaba de venir á casa desde dos ó tres días antes, hasta dos ó tres después de las dichas elecciones; pero yo me desquitaba de esa ausencia viéndolo pasar y repasar por la calle, al galope en caballo rucio, uniformado con dolmán verde con alamares amarillos, pantalón blanco de franja carmesí, charreteras de hilo de plata, y morrión con plumaje. Andaba por todas partes hablando con el uno y con el otro, abrazando á éste, golpeándole el hombro á aquél, en fin, atrayéndolos á todos, porque tenía maneras insinuantes y agradables. El día de las elecciones el trabajo de Armero era asombroso. Desde temprano recorría los cerros, tocando de rancho en rancho con cuantos hom-

bres se alojaban en ellos; paseaba todo el valle de Fucha; andaba por la Estanzuela y puente de Bosa recogiendo su gente y trayéndola en pelotones hasta cierta distancia de las mesas de los Jurados; allí echaba pie á tierra, ordenaba á los votantes á dos en fondo, y los entregaba á los copartidarios que lo aguardaban con la solemnidad con que entregaría un cuerpo de guardia. Volvía á montar inmediatamente y volaba á traer otras y otras partidas hasta la última hora.

Las elecciones en ese tiempo no se verificaban como al presente. Todo hombre tenía derecho de intervenir en la designación de sus mandatarios por el solo hecho de existir; pero la elección no se hacía directamente, sino por medio de otros á quienes el pueblo confería ese derecho, dándoles su voto directo. El *ciudadano* se acercaba á los Jurados y decía en alta voz por quién votaba; y como casi nunca traía bien aprendida la lección, el que lo presentaba ó dirigía tenía que ayudarle, convir-

tiendo el acto en una especie de pregón, en el que el pregonero repite maquinalmente palabra por palabra lo que le van diciendo. Los registros eran sencillos y públicos, de modo que á toda hora se sabía quiénes iban ganando.

Si el resultado de la votación era favorable al partido de D. Patricio, el rucio las pagaba. Qué de carreras desde las Cruces hasta San Diego, de Egipto á San Victorino! Qué gritos, qué rebatir los brazos, qué alegría loca y sin freno. Aquel era un entusiasmo que asustaba. Si le era adverso, se metía en su casa y nadie lo veía. De un modo ó de otro, á los pocos días reanudaba las visitas á mi familia, sin que ni una palabra, ni la más pequeña alusión, recordara lo pasado. De esta manera, á virtud de la tolerancia y de la prudencia conservaban la amistad esas dos familias, que en opiniones estaban en polos opuestos.

Así pasaron las cosas hasta el 7 de Marzo de 1849; día nefando en el cual el Congreso fué atacado por una

partida de hombres armados y obligado á votar por el General J. H. López, para Presidente de la República. En esa escandalosa escena figuró D. Patricio, y desde entonces cortó su amistad con nosotros. ¿Sería porque le pesaba haberse exhibido más de lo que se proponía, y no se atrevió á encontrar la mirada bondadosa y serena de mi abuela? Yo no lo sé, pero lo cierto es que desde ese día no volvió á poner los pies en casa. Las señoras siguieron visitándose tal cual vez, bien que con cierta reserva que no estaba de acuerdo con la franqueza y cordialidad de antes.

La suerte me alejó totalmente de D. Patricio y de su familia, por lo cual no supe sino con grande atraso sus dichas y sus desgracias. Dos de las señoritas se casaron con sujetos respetables y dignos de poseerlas. Camila perdió una pierna á consecuencia de una grave enfermedad. Luisa, la niña más festejada por los jóvenes de entonces, se casó también con uno de los más apuestos y esti-

mables, quien tuvo la espantosa desgracia de matarla, un día que estaban ambos entretenidos ensayando el tiro al blanco. Rafael también murió de un balazo, en las montañas de Cunday, por donde andaba en busca de los árboles de quina. Créese que alguno de sus compañeros, asustado por un tigre de los muchos que habitan esa selva, disparó su escopeta y mató al estimable joven. Misisa Pacha murió, y D. Patricio, agobiado de dolor, y víctima de una enfermedad desconocida, vivía solo y abandonado de casi todos sus amigos.

En mayo de 1860 lo encontré en la Calle Real de esta ciudad, cerca de la botica del Dr. Lombana, y aun cuando su aspecto era verdaderamente horroroso y repugnante, pues no tenía cutis en la cara, pudo más en mí el cariño que el espanto, y lo estreché en mis brazos, dirigiéndole las palabras más tiernas que me fué posible pronunciar, ahogado como estaba de emoción. La sorpresa de Armero no fue menor. Acostumbrado á ver que huían de su presencia to-

dos los que lo encontraban, y que hasta algunos de sus amigos fingían no haberle visto y pasaban de largo, su extrañeza y su agradecimiento al sentirse estrechado en mis brazos produjo en su alma tan honda conmoción, que empezó á sollozar y gritar, viniéndole en seguida una convulsión en todo el cuerpo que amenazaba dar con él en tierra. D. Cayo Arjona, el Dr. Lombana y otros que por allí pasaban, hicieron entrar al afligido caballero al almacén de Arjona, y le administraron los medicamentos que el Dr. trajo de su botica, á favor de los cuales recuperó su serenidad.

Después de manifestarnos á todos su gratitud, con las expresiones más tiernas y elocuentes, nos dijo estas palabras, que conservo grabadas en mi corazón:

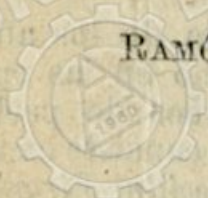
— Hace muchos años que estoy sufriendo lo que nadie puede imaginarse. Desde que obligué al General López á firmar el decreto de expulsión de los Jesuítas, el 18 de Mayo de 1850, la mano de Dios se posó

sobre mí, y me ha oprimido con todo su peso. En Mayo murió mi esposa; en Mayo mataron á Luisa; en Mayo mataron á Rafael; en Mayo se me secó esta mano que fué con la que agarré la de López para que firmara (y diciendo esto nos mostró su mano seca y descarnada como la de un esqueleto), y cada año en el mes de Mayo se me cae el cutis de la cara, con terribles dolores, causando horror á los que me ven.

Cubrióse la cara con su capa y siguió dando profundos sollozos, como si fuera presa de la mayor desesperación. Los circunstantes hicimos lo posible por aliviar sus penas, haciéndole comprender que la mano de Dios no se posa sobre el hombre para oprimirlo sino para sostenerlo; que los sufrimientos que El nos envía, pueden servirnos de expiación y de mérito, si de nuestra parte hay resignación y paciencia; en fin, que los afligidos en esta vida suelen ser los predestinados para gozar en la eternidad. D. Patricio respiró como si se hubiera librado de un gran pe-

so. Su corazón volvió á abrirse á la esperanza, y su noble alma buscó y encontró inefables consuelos en la religión de sus padres, que momentáneamente había abandonado. Un retiro espiritual en el antiguo Convento de San Diego acabó de reconciliarlo con Dios y con la Iglesia, y le infundió tanto valor y confianza, que cuando la muerte se acercó á él, lo encontró listo y sereno, como se le vió siempre en los combates. Su última palabra [fue «presente!» como si hubiera oído llamar su nombre en la gloriosa lista de los Próceres de nuestra independencia.

RAMÓN GUERRA AZUOLA.



X

LA RATA CIENTÍFICA.

— Vamos, tío Matraca. Es muy grande la ciencia.

— Sí que es grande.

— Pues no digo nada de los adelantos que se han hecho en las epidemias. Hasta los niños de pecho saben ya, que el cólera consiste en un animalito llamado *Baccillus Virgula*.

— Es verdad; en el animalito *Virgula* que se mete en el cuerpo por cualquier parte, y se lleva al otro mundo á quien le pilla derecho.

— ¡Cuánto descubrimiento!

-- ¡Mucho!

— Por supuesto, ya sabrá usted también que sobre los terremotos se ha hecho otro adelanto.

— ¿Otro?

— Se sabe ya que son atmosféricos.

— ¿Qué me cuentas? De manera que ahora ya no se caerán las casas.

— Tanto como eso, no Sr.; pero quiere decir, que progresando, progresando, venimos á descubrir, que todo cuanto nos decían ustedes antes sobre la *Providencia* y la *mano de Dios*, era una ilusión nacida de la ignorancia.

— ¡Ah blasfemo! no es poca la que tú encierras en la calabaza. ¿Con que porque el cólera es un animalito, y los terremotos tienen relación con la atmósfera, y las tempestades se anuncian, ya no hay *Providencia Divina*?

— A lo menos se ve que todo obedece á *leyes fijas*.

— ¿Todo? ¿Es que tú *lo ves* todo, Blas?

— No, Sr., pero veo lo suficiente para comprender que el Universo

está sujeto únicamente á *leyes naturales*.

— ¡Y qué son *leyes naturales*, hijo mío?

— Toma; eso no se pregunta.

— Lo que has de decir, es que no se contesta. Las *leyes naturales* son como el animalito *Virgula*, una cosa que tú no entiendes ni yo tampoco. Y si no, dime, hijo mío; ¿el sol sale todos los días ¿no es así?

— Sí, Sr.

— ¡Y por qué sale?

— Porque es natural que salga.

— Pero ¿por qué es natural que salga?

— Porque la tierra da vueltas á su alrededor.

— ¡Y por qué la tierra da vueltas á su alrededor?

— ¡Canario! ¡Pregunta Ud. poco! La tierra da vueltas porque hay una fuerza que la mueve.

— ¡Y por qué hay una fuerza que la mueve?

— Toma, ¡y yo qué sé?

— ¡Ah! ¿cómo que no lo sabes? Pues entonces ¿por qué te atreves á

hablar de lo que no sabes? Pedazo de camello; á ti va á pasarte lo que á la rata científica. ¿No sabes el cuento de la rata científica? Pues escúchalo:

Allá, en el último rincón de una fábrica de chocolates, vivían dos ratas, que aunque tenían vecinas las madrigueras, no tenían muy unidas las opiniones. Golosa una de ellas como todas las de su casta, pero sumamente tímida, y asustada á consecuencia de los ruidos que escuchaba todos los días, no se atrevía á salir nunca de su agujero, persuadida como estaba, de que en aquellos estrépitos debía andar, sin duda, la mano del hombre.

Por el contrario, la otra, excéntrica y despreocupada, jamás creyó semejantes cuentos de vieja, que consideró siempre hijos del fanatismo.

La tal ratilla era lo que pudiera llamarse hoy una rata materialista.

Cierto día, la tímida se atrevió á sacar el hocico por una de las bocas de su madriguera que daba precisamente al cuarto de la maquinaria, y

se quedó admirada. Los excéntricos que iban y venían, las ruedas que giraban, los golpes de vapor que á intervalos fijos se escapaban por todas partes, la dejaron con la boca abierta.

— ¡ Cuánta sabiduría ! exclamó llena de asombro. No en vano me decía mi madre que existía un sér superior llamado hombre cuya inteligencia rige y gobierna los destinos de las ratas. De hoy más, la contemplación de estas grandezas me afirma en la creencia de ese Sér Superior, y me obligará á vivir siempre con el ojo alerta, huyendo de toda clase de pecados.

Ya sabemos que los pecados de las ratas son hincar el diente á lo que pillan, empezando por el queso de bola.

Pero (lo que vale creer), la de nuestra historia, afirmada más y más desde aquel día en sus creencias sobre la existencia del hombre, se metió en su madriguera, y huyendo de ilusiones engañosas, se dedicó á criar inocentemente á sus hijuelos con los desperdicios de la basura.

Mas llegó un día en que habiendo pasado á hacerle una visita su *ilustrada* amiga, empezó á hablarle de esta manera:

— ¡Infeliz! ¿por qué no sales de tu madriguera y gozas de más libertad? ¿No sabes que existen en esta casa unas pastillas de chocolate que *dan la hora*, y unos embutidos que dicen comedme?

— A todos nos gustan esas hierbas, contestó la interpelada, apartando de la memoria hasta el nombre de la maldita tentación; á todos nos gustan, hija mía; pero me enseñaron mis padres que esos son géneros prohibidos y no los cómo.

— Prohibidos, ¿por quién?

— Por el hombre.

— ¡El hombre! Pero, ¿quién es el hombre?

— Un sér altamente sabio, fuerte y poderoso, capaz de hacer muchísimas cosas.

— Preocupaciones, dijo la libre-pensadora. Ese sér es un mito.

— Pero, hija, ¿no escuchas ese espantoso ruido que suena á cada

instante? ¿Quién puede hacerlo sino la mano del hombre?

— ¡Ja, ja, ja! exclamó riéndose la rata despreocupada. Veo que vi-
ves muy atrasada, pobre amiga.
Pues qué, ¿no sabes que la ciencia
ha estudiado ya esos fenómenos, y
ha descubierto que son efectos pu-
ramente naturales? Ven y te con-
vencerás tú misma.

Y la ilustrada profesora de *pienso libre*, condujo á su educanda al cuar-
to del vapor.

— ¿Ves, tonta? dijo señalándole los aparatos. Ese estrépito que á tí tanto te asusta, no es sino el efecto natural de todo este mecanismo.

-- Pero ¿quién mueve ese meca-
nismo?

— Esa palanca.

— ¿Y quién mueve esa palanca?

— Aquel pistón.

— ¿Y el pistón quién lo mueve?

— El *humo* que produce esa cal-
dera.

— Bien, pues entonces, puesto que
no hay *humo* sin fuego, ni fuego sin
mano que lo encienda, la mano que

enciende el fuego será la del hombre á quien yo temo.

— ¡Infeliz! ¡qué ideas tan rancias! Ya se conoce por tu *fanatismo* que has debido educarte en la despena de algún convento. No conoces, mujer (1), que todo eso es ridículo? La ciencia ha destruído todas esas preocupaciones, y ha hecho ver con sus adelantos, que la Naturaleza misma es la que enciende el fuego.

— Pues llámale *ache*, hija mía; si es la naturaleza, haz cuenta que le tengo miedo á la Naturaleza.

— Pero ¿por qué?

— Porque cuando esa señora tiene poder para hacer tales cosas, y talento para armar tales barahundas, de suponer es que tendrá cada ojo como un plato, y que sabrá más que las ratas.

— No lo creas, infeliz; eso son quimeras. La Naturaleza no ve, ni oye, ni sabe una palabra; es *inconsciente*.

— *Inconsciente!* ¿Y qué es eso de *inconsciente*?

(1) Donde diga mujer léase rata.

— Mujer, quiero decir, que es como una especie de órgano, que toca las piezas sin saberlo.

— Pero lo sabrá quien le dé al manubrio.

— No lo creas, toca solo.

— ¡Solo?

— Sí, solo, porque la fuerza que le mueve es *inmanente*.

— ¡*Inmanente*! Ya tenemos otra. Tampoco lo entiendo.

— Mujer, fuerza *inmanente* es la que hay en las cosas que se mueven por sí mismas.

— Ahora lo entiendo menos, ¡caracoles! vaya un enredo. Conque.... órganos *inconscientes* y fuerzas *inmanentes*. Y todo para venir á parar en que estos aparatos se hicieron por sí solos, sin saber ni aun ellos mismos que se hacían.

— Esa es *la ciencia*.

— Pues hija, no me gusta *la ciencia*.

— Porque no conoces sus buenos resultados.

— ¡Cuáles son sus buenos resultados?

— Te lo explicaré en dos palabras:

En el mundo hay dos clases de personas (digo ratas): unas que como tú, viven aún á la antigua, creyendo en un Sér Superior que rige los destinos de este mundo, y temiendo sus castigos si faltan á las leyes que llaman de la justicia, etc. etc.; y otras, que habiendo gustado, como yo, el fruto del árbol de la *ciencia*, se dejan de tonterías, y no creen en nada.

Las primeras, claro es, como temen el castigo, no se atreven á pecar, y si lo hacen, se arrepienten, procurando no volver á caer en la tentación, por lo cual viven siempre entre privaciones, sin atreverse á morder una triste longaniza. Pero las segundas, como no tenemos Rey ni Roque, nos echamos el alma á la espalda: vivimos á nuestras anchas, y le hincamos el diente á cuanto pillamos por delante. Con que ya ves si *la ciencia* da buenos resultados.

— Sí, ya veo que es excelente.... para llenar el estómago. Pero aun así no me convenzo.

— ¡Por qué?

— Porque una ciencia que sólo sirve para hacer golosos y crear ladrones, no debe ser buena, y no siendo buena, no debe ser verdadera.

— Vaya, dijo la rata científica, un poco aturdida, sin saber ya contestar á aquel argumento; pues para que veas que es verdad cuanto yo digo, y que todas tus creencias son preocupaciones, ahora mismo voy á bailar una contradanza junto á aquella terrible palanca que va y viene con tanto furor, y verás cómo me burlo de sus movimientos que no son sino efectos de las *leyes naturales*.

Y diciendo y haciendo, la ilustrada rata se puso á dar saltos y piruetas, sorteando el vaivén de uno de los excéntricos de la máquina.

Pero en aquel momento ¡oh desgracia! el amo de la fábrica miraba por una rejilla. Ver á la bailarina y acordarse de sus chocolates roídos á traición, todo fué obra de un instante.

— ¡Ah, pícara! esa debe ser la que me estropea las pastas. Yo te compensaré.

Y con el único y exclusivo objeto de componerla, se dirigió de puntillas á la máquina, tocó una pequeña manivela, y.... ¡horror! un chorro de vapor ardiente, espantoso, terrible, silbó con furia, haciendo rodar por el suelo á la bailarina.

— ¡Hiiiiiiiiiii! gritó ésta, envuelta en una nube de humo. ¡Ay de mi pellejo!

— ¿Qué es eso, querida? exclamó la otra desde la puerta de su madriguera.

— Que me muero!

— Pues mujer, ¿no conocías las leyes naturales?

— Sí, pero me faltaba aún conocer una.

— ¿Cuál?

— La que destapa los agujeros de las máquinas, y mata á las ratas ilustradas con un taponazo de agua caliente.

Y dichas estas frases,
la pobre rata
dando un triste suspiro
tiró la pata.

Y allí *inconsciente*
sobre el húmedo suelo
quedó *inmanente*.

— ¡Muy bien, tío Matraca! el cuento es muy bonito, pero vamos.... al fin es un cuento.

— Sí, Blas; pero un cuento que puedes aplicarte tú y todos los que profesáis *la ciencia*.... ratonera.

— No lo haré, porque hoy los grandes hombres, diga Ud. lo que quiera, abandonaron ya las antiguas doctrinas.

— ¡Es decir que, según tú, los grandes hombres no creen en Dios? Pues mientes, Blas, con toda tu boca, porque hoy como siempre, los hombres verdaderamente grandes, los hombres de ciencia, los hombres de talento, creen con más fe que nadie en las grades verdades de la religión cristiana.

¿Lo oyes, Blas? con más fe que nadie: y yo te lo demostraré como dos y dos son cuatro, haciéndote ver que sólo los sabios de medio pelo, los *cursis* de la *ciencia*, los filósofos como

tú, son ya los que dudan de la Divina Providencia. ¿Y sabes por qué dudan? Porque la soberbia les ha dejado ciegos; porque, como Luzbel, quisieron meterse á dioses, y se quedaron en pobres diablos.

— Tendré gusto en discutir con Ud. esa materia.

— Pues te prometo darte ese gusto en el capítulo siguiente.



XI

LA CORNETA DE LLAVES.

Querer es poder

I.

—Don Basilio ¡toque Ud. la corneta, y bailaremos!—Debajo de estos árboles no hace calor.....

—Sí, sí,... D. Basilio: ¡toque Ud. la corneta de llaves!

—¡Traedle á D. Basilio la corneta en que se está enseñando Joaquín.

—¡Poco vale!...—¡La tocará Ud. D. Basilio?

—¡No!

—¡Cómo que no?

— ¡Que no!

— ¡Por qué?

— Porque no sé.

— ¡Que no sabe!... ¡Habrá hipócrita igual!

— Sin duda quiere que le regalemos el oído.....

— ¡Vamos! ¡ya sabemos que ha sido Ud. músico mayor de infantería!.....

— Y que nadie ha tocado la corneta de llaves como Ud.....

Y que lo oyeron en Palacio... en tiempo de Espartero.....

— Y que tiene Ud. una pensión.....

— ¡Vaya, D. Basilio! ¡Apíádase Ud!

— Pues, señor... ¡Es verdad! He tocado la corneta de llaves; he sido una... *especialidad*, como Udes. dicen ahora...; pero también es cierto que hace doce años regalé mi corneta á un pobre músico licenciado, y que desde entonces no he vuelto... ni á tararear.

— ¡Qué lástima!

— ¡Otro Rossini!

¡Oh, pues le que es esta tarde ha de tocar Ud.!....

—Aquí, en el campo, todo es permitido...

—¡Recuerde Ud. que es mi día, papá abuelo!...

—¡Viva! ¡Viva! Ya está aquí la corneta!

—Sí, que toque!

—Un wals...

—No... ¡una polka!

—¡Polka!... ¡Quita allá!—¡Un fandango!

—Sí... sí... ¡fandango! ¡Baile nacional!

—Lo siento mucho, hijos míos, pero no me es posible tocar...

—¡Usted tan amable!

—Tan complaciente...

—¡Se lo suplica á Ud. su nietecito!

—Y su sobrina.

—¡Dejadme por Dios!—He dicho que no toco.

—¿Por qué?

—Porque no me acuerdo; y porque, además, he jurado no volver á aprender...

—¿A quién se lo ha jurado?

—¡A mí mismo, á un muerto, y á tu pobre madre, hija mía!

Todos los semblantes se entristecieron súbitamente al escuchar estas palabras.

—¡Oh!... ¡Si supierais á qué costa aprendí á tocar la corneta! ...—añadió el viejo.

—¡La historia! ¡La historia! (exclamaron los jóvenes). Contadnos esa historia.

—En efecto... (dijo D. Basilio).— Es toda una historia. Escuchadla, y vosotros juzgaréis si puedo ó no puedo tocar la corneta...

Y sentándose bajo un árbol, rodeado de unos curiosos y afables adolescentes, contó la historia de sus lecciones de música.

No de otro modo, *Mazzeppa*, el héroe de Byron, contó una noche á Carlos XII, debajo de otro árbol, la terrible de sus lecciones de equitación.

Oigamos á Don Basilio.

II.

Hace diez y siete años que ardía en España la guerra civil.

Carlos é Isabel se disputaban la Corona, y los españoles, divididos en dos bandos, derramaban su sangre en lucha fratricida.

Tenía yo un amigo, llamado Ramón Gámez, teniente de cazadores de mi mismo batallón; el hombre más cabal que he conocido...—Nos habíamos educado juntos; juntos nos salimos del colegio; juntos peleamos mil veces, y juntos deseábamos morir por la libertad...—¡Oh! Estoy por decir que él era más liberal que yo y que todo el ejército!.....

Pero hé aquí que cierta injusticia cometida por nuestro Jefe en daño de Ramón; uno de esos abusos de autoridad, que disgustan de la más honrosa carrera; una arbitrariedad, en fin, hizo desear al teniente de cazadores abandonar las filas de sus hermanos, al amigo dejar al amigo, al liberal pasarse á la facción, al subordinado matar á su Teniente Coronel...— ¡Buenos humos tenía Ramón para aguantar insultos é injusticias ni al lucero del alba!

Ni mis amenazas, ni mis ruegos,

bastaron á disuadirle de su propósito. ¡Era cosa resuelta! ¡Cambiaría el morrión por la boina, odiando como odiaba mortalmente á los facciosos!

A la sazón nos hallábamos en el Principado, á tres leguas del enemigo.

Era la noche en que Ramón debía desertar, noche lluviosa y fría, melancólica y triste, víspera de una batalla.

A eso de las doce entró Ramón á mi alojamiento.

Yo dormía.

—Basilio...—murmuró á mi oído.

—¿Quién es?

—Soy yo.—¡Adiós!

—¿Te vas ya?

—Sí; adiós.

Y me cogió una mano.

—Oye... (continuó) si mañana hay, como se cree, una batalla, y nos encontramos en ella...

—Ya lo sé; somos amigos.

—Bien; nos damos un abrazo, y nos batimos en seguida.—¡Yo moriré mañana regularmente; pues pienso atropellar por todo hasta que mate al

Teniente Coronel!—En cuanto á tí, Basilio, no te expongas...—La gloria es humo.

—¿Y la vida?

—Dices bien: hazte Comandante... (exclamó Ramón). La paga no es humo..., sino después de que uno se la ha fumado...—¡Ay! ¡Todo esto se acabó para mí!

—¿Qué tristes ideas (dije yo muy afectado)—Mañana sobreviviremos los dos á la batalla.

—Pues emplacémonos para después de ella...

—¿Dónde?

—En la Ermita de San Nicolás, á la una de la noche.—El que no asista será porque haya muerto.—¿Quedamos conformes?

—Conformes.

—Entonces... ¡Adiós!...

—Adiós.

III.

Como esperábamos, los facciosos nos atacaron al siguiente día.

La acción fué muy sangrienta, y duró desde las tres de la tarde hasta el anochecer.

A cosa de las cinco, mi batallón fué rudamente acometido por una fuerza de alaveces que mandaba Ramón...

¡Ramón llevaba ya las insignias de Comandante y la boina blanca de carlista!...

Yo mandé hacer fuego contra Ramón, y Ramón contra mí: es decir, que su gente y mi batallón lucharon cuerpo á cuerpo.

Nosotros quedamos vencedores, y Ramón tuvo que huir con los muy mermados restos de sus alaveces; pero no sin que antes hubiera dado muerte por sí mismo, de un pistoletazo, al que la víspera era su Teniente Coronel; el cual en vano procuró defenderse de aquella furia...

A las seis, la acción se volvió desfavorable para nuestro ejército, y parte de mi pobre compañía y yo, fuimos cortados y obligados á rendirnos...

Condujéronme, pues, prisionero á la pequeña villa de..., ocupada por los carlistas desde los comienzos de

aquella campaña y donde era de suponer que me fusilarían inmediatamente...

IV.

Sonó la una de la noche de tan aciago día: ¡la hora de mi cita con Ramón!

Yo estaba encerrado en un calabozo de la cárcel pública de dicho pueblo.

Pregunté por mi amigo y me contestaron:

— ¡Es un valiente! Ha muerto á un Teniente Coronel. Pero habrá perecido en la última hora de la acción...

— ¡Cómo! ¿Por qué lo decís?

— Porque no ha vuelto del campo, ni la gente que ha estado hoy á sus órdenes da razón de él...

¡Ah! ¡cuánto sufrí aquella noche!

Una esperanza me quedaba... Que Ramón me estuviese aguardando en la Ermita de San Nicolás, y que por este motivo no hubiese vuelto al campamento faccioso.

¡Cuál será su pena al ver que no asisto á la cita! (pensaba yo).—Me creerá muerto! Y por ventura, ¿tan lejos estoy de mi última hora? ¡Los facciosos fusilarán ahora y siempre á los prisioneros; ni más ni menos que nosotros!...

Así amaneció el día siguiente.

Un capellán entró en mi prisión. Todos mis compañeros dormían.

—¡La muerte! exclamé al ver al sacerdote.

—Sí,—respondió éste con dulzura.

—¡Ya!

—No; dentro de tres horas.

Un minuto después habían despertado mis compañeros.

Mil gritos, mil sollozos, mil blasfemias llenaron los ámbitos de la prisión.

V.

Todo hombre que va á morir suele aferrarse á una idea cualquiera y no abandonarla jamás.

Pesadilla, fiebre ó locura, esto me

sucedió á mí. La idea de Ramón, de Ramón vivo, de Ramón muerto, de Ramón en el cielo, de Ramón en la Ermita, se apoderó de mi cerebro de tal modo, que no pensé en otra cosa durante aquellas horas de agonía.

Quitáronme el uniforme de capitán y me pusieron una gorra y un capote viejo de soldado.

Así marché á la muerte con mis diez y nueve compañeros de desventura...

Sólo uno había sido indultado... ¡por la circunstancia de ser músico!— Los carlistas perdonaban entonces la vida á los músicos, á causa de tener gran falta de ellos en sus batallones...

—¿Y era Ud. músico, D. Basilio?—
¿Se salvó Ud. por eso?— preguntaron todos los jóvenes á una vez.

—No, hijos míos... (respondió el veterano). ¡Yo no era músico!

Formóse el cuadro, y nos colocaron en medio de él...

Yo hacía el número once, es decir; yo moriría el undécimo...

Entonces pensé en mi mujer y en mi hija; ¡en tí y en tu madre, hija mía!
Empezaron los tiros...

¡Aquellas detonaciones me enloquecían!

Como tenía vendados los ojos, no veía caer á mis compañeros.

Quise contar las descargas, para saber un momento antes de morir, que se acababa mi estancia en este mundo...

Pero, antes de la tercera detonación, perdí la cuenta.

¡Oh! ¡aquellos tiros tronarán eternamente en mi corazón y en mi cerebro, como tronaban aquel día!

Ya creía oírlos á mil leguas de distancia; ya los sentía reventar dentro de mi cabeza.

¡Y las detonaciones seguían!

—¡Ahora!—pensaba yo.

Y crugía la descarga, y yo estaba vivo.

—¡Esta es!...—Me dije por último.

Y sentí que me cogían por los hombros, y me sacudían, y me daban voces en los oídos... Caí...

No pensé más...

Pero sentía algo como un profundo sueño...

Y soñé que había muerto fusilado.

VI.

Luégo soñé, que estaba tendido en una camilla, en mi prisión.

No veía.

Llevéme la mano á los ojos como para quitarme una venda, y me toqué los ojos abiertos, dilatados...

-- ¡Me había quedado ciego?

No...—Era que la prisión se hallaba llena de tinieblas

Oí un doble de campana...y temblé.

Era el toque de *ánimas*.

—Son las nueve... (pensé)—Pero ¿de qué día?

Una sombra, más oscura que el tenebroso aire de la prisión, se inclinó sobre mí.

Parecía un hombre.

¿Y los demás? ¿y los otros diez y ocho?

¡Todos habían muerto fusilados!

¿Y yo?

Yo vivía ó deliraba dentro del sepulcro.

Mis labios murmuraron maquinalmente un nombre; el nombre de siempre en mi pesadilla...

—“¡Ramón!”

—¿Qué quieres?—me respondió la sombra que había á mi lado.

Me estremecí.

—¿Dios mío! (exclamé).—¿Estoy en el otro mundo?

—¿No!—dijo la misma voz.

—Ramón; ¿vives?

—Sí.

—¿Y yo?

—También

—¿Dónde estoy?—¿Es esta la Ermita de San Nicolás?—¿No me hallo prisionero? ¿Lo he soñado todo?

—No, Basilio; no has soñado nada.

—Escucha.

VII

Como sabrás ayer maté al Teniente Coronel en buena lid... ¡Estoy vengado!—Después, loco de furor, seguí matando..., y maté... hasta después de anochecido...., hasta que

no había un cristiano en el campo de batalla...

Cuando salió la luna me acordé de tí.—Entonces enderecé mis pasos á la Ermita de San Nicolás, con intención de esperarte.

Serían las diez de la noche. La cita era á la una, y la noche antes no había yo pegado los ojos...—Me dormí, pues, profundamente.

Al dar la una, lancé un grito y desperté. Soñaba que habías muerto...

Miré á mi alrededor y me encontré solo. ¿Qué había sido de ti?

Dieron las dos... las tres... las cuatro...—¿Qué noche de angustias!

Tú no parecías...

¡Sin duda habías muerto!

Amaneció.

Entonces dejé la Ermita y me dirigí á este pueblo en busca de los facciosos.

Llegué al salir el sol.

Todos creían que yo había perecido la tarde antes...

Así fué que, al verme, me abrazaron, y el general me colmó de distinciones.

En seguida supe que iban á ser fusilados veintiún prisioneros.

Un presentimiento se levantó en mi alma.

¿Será Basilio uno de ellos?—me dije.

Corrí, pues, hacia el lugar de la ejecución.

El cuadro estaba formado.

Oí unos tiros...

Habían empezado á fusilar.

Tendí la vista... pero no veía...

Me cegaba el dolor; me desvanecía el miedo.

Al fin te distingo...

¡Ibas á morir fusilado!

Faltaban dos víctimas para llegar á tí...

¿Qué hacer?

Me volví loco; dí un grito; te cogí entre mis brazos, y, con una voz ronca, desgarradora, tremebunda, exclamé:

—¡Este no! ¡Este no, mi general!...

El general que mandaba el cuadro, y que tanto me conocía por mi comportamiento de la víspera, me preguntó:

—Pues qué ¿es músico?

Aquella palabra fué para mí lo que

sería para un viejo ciego de nacimiento, ver de pronto el sol en toda su refulgencia.

La luz de la esperanza brilló á mis ojos tan súbitamente que los cegó.

— Músico (exclamé): sí... sí... mi general! ¡Es músico! ¡un gran músico!

Tú entretanto yacías sin conocimiento.

— ¿Qué instrumento toca?— preguntó el general.

— El..... la..... el..... el..... ¡sí!..... ¡justo!..... eso es..... ¡la corneta de llaves!

— ¿Hace falta una corneta de llaves?— preguntó el general volviéndose á la banda de música.

Cinco segundos, cinco siglos, tardó la contestación.

— Sí, mi general; hace falta,— respondió el músico mayor.

— Pues sacad á ese hombre de las filas, y que siga la ejecución al momento...— exclamó el jefe carlista.

Entonces te cogí en mis brazos y te conduje á este calabozo.

VIII

No bien dejó de bablar Ramón, cuando me levanté y le dije con lágrimas, con risa, abrazándolo, trémulo, yo no sé cómo:

—¡Te debo la vida!

—¡No tanto!—respondió Ramón.

—¿Cómo es eso?—exclamé.

—¿Sabes tocar la corneta?

—No.

—Pues no me debes la vida, sino que he comprometido la mía sin salvar la tuya.

Quedéme frío como una piedra.

—¿Y música? (preguntó Ramón)
¿Sabes?

—Poca, muy poca...—Ya recordarás la que nos enseñaron en el colegio...

—¡Poco es, ó mejor dicho nada!—Morirás sin remedio!... ¡y yo también, por traidor... por falsario!—
¡Figúrate tú, que dentro de quince días, estará organizada la banda de música á que has de pertenecer!...

—¡Quince días!

— ¡Ni más ni menos! — Y, como no tocarás la corneta... (porque Dios no hará un milagro), nos fusilarán á los dos sin remedio.

— ¡Fusilarte! (exclamé). ¡A tí! ¡por mí! ¡por mí, que te debo la vida! — ¡Ah! ¡no, no querrá el cielo! — Dentro de quince días sabré música y tocaré la corneta de llaves.

Ramón se echó á reir.

UNIVERSIDAD
EAFIT

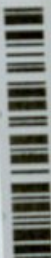


Abierta al mundo
Biblioteca del Patrimonio

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



62000001709568



DR

razón digno de una reina, estaba por Dios escogida para la formación del San Vicente de Paúl de nuestro siglo. En rústica...	\$ 0 70
En tela	1 20
Novena de San Francisco de Sales.	0 10
Por docenas	1 00
Al cielo por María por Ortúzar, en rústica	1 00
En tela	1 50
En tela y corte dorado	2 50
El Amor filial. Drama en cuatro actos.	0 40
Vida de Domingo Savio, por Don Juan Bo- sco, Pbro..	0 50
La Farsa Protestante y Martín Lutero	0 30
¿Y qué dirán? ó los respetos humanos. Pedid y recibiréis, ó los bienes de la oración.	0 30
El Cruzado. Leyenda original, por Francisco Hernando	0 30
El Duelo. Diálogos jocosos por el Obispo de Santa Marta.....	0 30
Valeria y el Secreto. Lecturas recreativas por Madame Matilde Bourdon..	0 30
La Confesión, por el Cardenal Enrique Eduardo Manning.	0 30
El Heroismo en Sotana, por el General Amber. (Dos entregas)	0 60
El Dolor, por Bougaud— El Hipnotismo, por Gabriel Rosas.	0 30
Artículos jocosos de controversia católica, por Adolfo Clavarana.	0 30

EN PRENSA.

El Carpintero de Lavaur.

IMPORTANTE.

Se ruega á los señores suscriptores que no hayan cubierto el correspondiente valor de los números recibidos, se sirvan enviarlo cuanto antes.

LA DIRECCIÓN.

Precio del presente
\$ 0, 30